BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

HEROES DEL ESPACIO

ESPADA Y BRUJERIA

LEM RYAN



Datos del libro

Autor: Ryan, Lem

ISBN: 9788402092816
Generado con: QualityEbook v0.60

PRÓLOGO

ÚLTIMAMENTE, la Heroic Fantasy está cobrando un gran empuje en nuestro mundo, excesivamente tecnificado y falto de imaginación. Es... como si de repente la gente se hubiera dado cuenta de que la Ciencia-Ficción no es bastante. Como si necesitase algo que ese género no puede darle: coraje, valor, magia... Fantasía, en suma, que ya empezaba a faltar en la SF.

Ahora, el lector, el espectador se vuelca hacia otros géneros que, si bien caminaron de la mano de la Ciencia-Ficción, ahora tienen personalidad propia, un mundo distinto, Heno de posibilidades y temas para escritores, dibujantes e incluso guionistas del cine.

El celuloide se está encargando ahora de popularizar ese tema Y con gran éxito, según mi modesta opinión. Ahí tenemos filmes tan buenos como "Conan, el bárbaro", una nueva versión del inmortal personaje de Howard, magistralmente dirigida por John Milius y con un acertado protagonista, Arnold Schwarzenegger, que con sus músculos y belleza física tan bien ha emulado al bárbaro jefe aquiloniano. O con otras películas, que han sabido plasmar a la perfección ese ambiente salvaje y místico, como "The Beastmaster", el Señor de las Bestias, lleno de magia y fantasía.

Inevitablemente, también han surgido copias sin calidad, verdaderas bazofias sin imaginación, atraídas por la popularidad que ha alcanzado este género.

A mí, personalmente, la "Sword Sorcery" (el nombre que define correctamente a este género, y título de esta obríta por añadidura), la Espada y la Brujería, me encantan. El heroísmo, el valor... y al mismo tiempo la brutalidad de esos personajes, simbolizados por una espada, por el acero centelleante, qué ha sido y siempre será, el Arma Universal, enfrentados a fuerzas oscuras y terroríficas, que no

siempre entiende la mente de un bárbaro, ha sido un tema que me ha «hechizado» (nunca mejor utilizada la palabra).

Espero haber conseguido mi propósito con esta obra, que ya de antemano digo que no tiene nada que ver con Ciencia-Ficción, pese a que se pueda especular si la acción se desarrolla o no en este planeta o si transcurre en un pasado olvidado, o en un futuro remotísimo. Eso queda al gusto del lector. Yo, si he logrado ese peculiar ambiente de la Fantasía Heroica, si consigo que tú, amable lector, hagas volar tu imaginación y encuentres aquí un reposo para tu mente harta de tecnología y sofisticación, me doy por satisfecho.

LEM RYAN

CAPÍTULO PRIMERO

MUCHOS dicen que los bosques de MNAR son los más bellos de todo el imperio XOQOL Y quizá tengan razón.

El verdor en aquellos bosques era increíble. Los árboles eran altísimos. La vegetación, exuberante. Todo caminante que pasaba por ellos quedaba emborrachado con tanta belleza.

El colorido salvaje de la Naturaleza reinaba por doquier.

Y es allí, precisamente, donde comenzó esta historia. Una historia poco frecuente, llena de horrores y muertes.

* * *

El caballo iba despacio, como cansado, por aquel estrecho sendero del bosque, en el que aún se notaban huellas de carros, que pasaron por allí pocos días antes. Y él hombre que iba montado en su grupa también parecía algo cansado, aunque sus poderosos músculos todavía podían resistir bastante tiempo cabalgando.

Era un gigante semidesnudo, de piel de bronce y negros cabellos. Y encima del negro corcel parecía una estatua increíble, con los músculos perfectamente cincelados bajo la oscura piel y los ojos color azul metálico mirando siempre hacia adelante.

Pero no era una estatua, sirio un hombre. Un hombre cansado, pero que no deseaba darse a sí mismo la menor muestra de debilidad. En el primitivo y peligroso mundo en el que vivía, aquello era peor que acostarse sobre una serpiente venenosa.

Tiró de las riendas hacia atrás. El caballo obedeció la muda orden y se paró. No hacía falta que se lo repitiesen.

El gigante broncíneo bajó de la obediente montura, poniendo después los pies en tierra. Su mano izquierda, como casi siempre, estaba apoyada en la fría empuñadura de su espada.

Acarició después las crines de su montura, mientras decía:
—Estás cansado, ¿verdad? Lo sé. Son muchos días encima tuyo, parando solamente para comer algo o descansar un poco. ¡Maldita sea! ¿Cuándo encontraremos algún lugar con gente, aunque sea pequeño?
Miró el sendero lleno de huellas de carros y herraduras.
—Quizá siguiendo esto encontremos algo. Pero antes debemos reponer fuerzas.
Procedió a quitarle las bridas, para qué pudiese pastar a su aire. Las dejó en el suelo, mientras dejaba que el animal siguiera su instinto, que le guiaría hasta las mejores hierbas de aquel lugar.
Aunque estaba cansado, no se sentó. La razón era su trasero, que después de tantos días en el lomo del caballo apenas lo sentía ya.
—Debo tenerlo de corcho —se dijo el hercúleo guerrero, mientras se llevaba la mano a tan noble lugar, para Ver si recuperaba la sensibilidad.
Miró en torno, oteando el lugar. Las provisiones que llevaba ya se habían agotado y necesitaba calmar los incesantes gruñidos de su estómago, que le reclamaba sin remilgos lo que necesitaba, torturándole más que si tuviera ante él a una docena de espadachines dispuestos a despellejarle.
No vio nada, salvo algunos pajarillos demasiado lejanos como para atraparlos. Y en el caso de que hubiera otros animales, sólo tenía su espada para cazarlos. A menos que hubiera otros animales, sólo tenía su espada para cazarlos. A menos que hubiera ratas por allí, cosa muy probable pero que no le apetecía en demasía. Aunque si no le quedaba otro remedio...
Se tendría que conformar con algunas raíces, como siempre. Pero lo importante era comer. Lo de menos era el qué.
Se internó en el bosque, siguiendo a su caballo. La sombra de los árboles le refrescó un tanto, después de haber sentido durante tantas horas el azote del sol sobre su piel.
Apenas hacía viento.
Encontró poco después algunos frutos de apetitoso aspecto, pero que no conocía. Recelando, acercó un puñado al húmedo hocico de su caballo, que los devoró sin miramientos.
Confiando en el instinto del animal, comió él también algunos, aunque no muchos por si acaso. Después masticó algunas raíces.

Entonces oyó el ruido.

Tras él.

Conocía demasiado bien aquel sonido como para descuidarse y no hacer caso de sus sentidos. Eso, en un mundo como el suyo, podía serle fatal.

Eran pasos. Sonidos provocados por unas botas desplazándose con sigilo sobre la hierba y el detritus de hojas medio corrompidas.

Peligro, en suma.

Se volvió, colérico, sacando con increíble rapidez su ancha espada de doble filo, que brilló durante unos instantes en su diestra. Miró amenazador con el arma ante él a la figura que se erguía a pocos metros de él.

Era un hombre, como había supuesto. Un hombre con una temible espada curva en sus manos y aspecto poco tranquilizador. Llevaba los negros cabellos recogidos en la nuca por una cinta de cuero, y tenía barba, aunque bien recortada. Sus ropas eran las de un guerrero del norte, aunque ya viejas y sucias.

Seguramente era un ladrón, pues no le conocía. Pero claro, sólo por ese hecho, por el de no conocer a alguien, había quien mataba.

O tal vez aquel tipo sí le conocía, y deseaba ganarse algún dinero llevando su cabeza hasta Kush.

—Suelta el arma, guerrero —avisó el de la espada curvada—. Si no, morirás.

—¿Y quién me matará? —sonrió el gigante de bronce—. ¿Tú, acaso?

—No hace falta que me acerque para que caigas sin vida, bravucón. Sólo debes mirar hacia arriba para cerciorarte de que no miento.

Así lo hizo el guerrero semidesnudo, vigilando con el rabillo del ojo al de la espada. Lo que vio no contribuyó a tranquilizarle.

Dos arcos tensos, preparados para disparar, le apuntaban. La punta metálica de las saetas emitían destellos entre las ramas de los árboles en que se ocultaban los hombres que empuñaban los arcos.

Miró después, ceñudo, al hombre que tenía ante él. En sus ojos brillaba la muerte. Su mano apretó el pomo de su espada hasta hacerse daño.

Pero después, pasado el momento de cólera, se tranquilizó. Incluso sonrió, aunque la suya era la sonrisa de un tigre a punto de

saltar sobre su víctima.

Clavó la espada en el suelo, y se alejó unos pasos de ella.

—Está bien, parece que habéis ganado —siguió sonriendo de aquel modo tan peculiar—. No me resistiré.

—Así me gusta, guerrero. Eres sensato y aprecias la vida en su justo valor. Rindiéndote sin lucha lo has demostrado.

El hombre de la espada curva se acercó, siempre alerta, y cogió la espada del guerrero.

—Buen arma —reconoció, cuando la tuvo en la mano—. Ligera y muy afilada. Se nota que entiendes de espadas.

—¿Es eso lo único qué buscáis? —preguntó irónico el guerrero.

—Si es lo único que tienes... —se encogió de hombros el otro—. ¡Bajad, muchachos! Pero de uno en uno. No me fío de este sujeto.

—Haces bien —asintió el aludido—. Eso demuestra que tú también eres sensato. Puedes estar seguro de que si en algún momento esos arcos no me apuntan tu cabeza peligrará.

—¡Perro sin nombre! —se enfadó el otro—. ¿Cómo te atreves a amenazar a Khant?

En ese momento, el llamado Khant se dio cuenta de que el guerrero llevaba algo que pendía de su cuello. Un medallón, que reconoció en seguida al ver el relieve de una calavera grabada en él.

—¡Un aesir Vaya, hemos capturado a una de esas hienas del frío Norte. ¿No os parece increíble, muchachos?

Los otros dos ladrones le seguían apuntando, aunque ya estaban junto a Khant Sonreían.

La mano del ladrón llamado Khant se disparó hacia el cuello del aesir, agarrando el medallón que pendía de una tira de cuero muy fina Se partió ésta, tras un tirón del hombre, y aquel valioso objeto de plata quedó en las manos del guerrero venido a menos.

—Yo creía que los aesir jamás se rendían, que luchaban hasta la muerte. Y nosotros tres hemos obligado a uno de esos piojosos de las montañas de Kaal a dejar su espada.

Reía con ganas. Pero no hacía la más mínima mella con sus burlas al guerrero de Kaal, que permanecía inmutable.

Ya llegaría su hora. Y aquel cerdo pagaría con la vida.

—¿Cómo te llamas, «bravo guerrero»? —preguntó Khant, guardando al mismo tiempo su espada en la vaina—. Quiero conocer tu nombre.

—Katham —respondió el aesir.

* * *

—Dice llamarse Katham —respondió Khant al jefe de aquella banda de salteadores, un tipo gigantesco, rubio y de hirsuta barba, con una enorme hacha de doble hoja colgada al cinto por unas correíllas.

—¿Katham? —el gigante de la barba rubia miró al fornido guerrero de las montañas de Kaal—. Eso significa «Protegido de los dioses», ¿no es cierto?

—Así es —contaste Khant—. Pero me parece que bien poca es la protección que Ishtar ofrece a estos perros pulgosos.

—Cállate, eoriano —cortó, seco, el jefe de aquella veintena de hombres capaces de cualquier cosa por un poco de dinero que componían su banda—. Nunca antes vi a un aesir, pero siempre oía decir que nadie puede vencerlos cuando tienen un arma en sus manos, sea ésta cual sea.

Khant le enseñó la espada del bárbaro.

—Llevaba esto-dijo.

—Buena espada —admitió el gigante—. ¿Dónde la conseguiste?

Katham sonrió con dureza, a pesar de estar sus fuertes manos atadas a la espalda por resistentes cuerdas y sentirse observado por casi veinte fieros pares de ojos.

—Se la arrebaté a un cadáver —respondió—. El pobre diablo nunca supo quién le mataba.

Los ojos del hombre del hacha brillaron.

—Así que, además de cobarde, eres un asesino —silabeó.

—¿Asesino? No, aquel tipo intentó cazarme, pero fui más rápido que él. En cuanto a lo de cobarde, si tuviera las manos libres te arrepentirías de esas palabras.

La enorme manaza del gigante se estrelló en la boca del aesir, haciéndole caer de espaldas sobre la hierba del bosque.

—Perro de xoqol —escupió sangre, mientras intentaba levantarse—. Esto te costará caro algún día.

—Es posible, pero no hoy —rió el, rubio mastodonte—. ¿Llevaba dinero?

Khant, el ladrón de Eoria, negó con la cabeza.

—No, Olbar-contestó—. Sólo su caballo y este medallón, que reclamo como premio por haberle cogido.

—Así sea, fiel amigo —rió de nuevo Olbar—. El medallón es tuyo. Puedes colgarlo de tu cuello para enorgullecerte. En cuanto al bárbaro, bien, puede traernos mucho dinero como para degollarle.

—¿Cómo?

—Su caballo y su espada serán míos a partir de ahora —dijo antes, metiéndose el acero brillante en su propio cinto—. A él le venderemos como esclavo en Suaria. Pagan bien por los hombres fuertes cómo él.

Soltó una estentórea carcajada, miró de nuevo al bárbaro y se metió en una de las tiendas hechas a base de pieles de animales que formaban aquel campamento de ladrones y asesinos.

—Ya has oído, bárbaro —sonrió burlón el eoriano Khant, mientras colgaba de su cuello el amuleto que hasta entonces llevó Katham. Un par de hombres le ayudaron a levantarse y le ataron sin cuidados a un árbol. Sintió que las cuerdas mordían su carne—. No le hagáis demasiadas heridas con las cuerdas. Debe estar en buen estado cuando lo llevemos a Suaria.

Se marchó, junto a los dos hombres, dejándole solo.

* * *

Había anochecido. Todo el campamento, salvo cuatro hombres que vigilaban los alrededores, estaba dormido.

Katham luchaba contra las cuerdas, pero sólo lograba hacerse sangre.

—Por todos los dioses de Kaal, si tuviera una daga no dejaría ni uno vivo —juró, enfurecido.

Dos de los vigilantes estaban al lado de un fuego, en el centro del campamento, charlando animadamente ante la idea de pasar por Suaria y pasarlo bien durante algunos días. Los otros dos estaban encaramados a unos árboles, con los arcos preparados.

Uno de ellos se levantó y cogió un cazo con agua. Se acercó al prisionero aesir.

—¿Quieres agua, norteño? —le preguntó.

Katham le observó, ceñudo. Era sólo un muchacho, pero sin duda la espada que colgaba de su cintura ya tendría su brillo apagado por la sangre.

—Puedo resistir más sin ella —respondió, hosco—. Pero te estaría muy agradecido si me dieras algo de comida.

—Lo siento, bárbaro, pero apenas nos queda para llegar a

Suaria.

—¿Está muy lejos ese lugar? —quiso saber el guerrero de Kaal.

—No mucho. A un par de jornadas a caballo de aquí —bebió él un poco del cazo—. ¿Seguro que no quieres? Puede que ya nunca más vuelvas a beber un agua tan limpia. Si te compra alguien de la Legión Roja lo pasarás mal.

—¿La Legión Roja? ¿Qué es eso?

—¿Bromeas? Todo el mundo por aquí conoce la Legión Roja.

—Soy extranjero, ¿recuerdas, muchacho?

—Me llamo Vorr —pareció súbitamente enfadado el joven—, no «muchacho».

Katham sonrió.

—No te enfades. No era mi intención ofenderte.

—Eso imagino, y sólo te ha salvado el dinero que sin duda nos darán por ti en los mercados de esclavos de Suaria. De otro modo, ahora sólo serias un cadáver.

«¿Cuántas veces he oído esto antes?», se preguntó el bárbaro de negros cabellos.

—Hablabas de la Legión Roja —recordó—. ¿Puedes decirme qué es eso?

—¿Sabías que Konthor, el emperador, ha sido asesinado? —preguntó en voz baja el joven Vorr.

—Algo de eso he oído —ocultó una sonrisa, al recordar la cabeza del gordo emperador al que él mismo decapitó.

—No se sabe a ciencia cierta quién le mató —continuó Vorr, sin darse cuenta de que Katham sonreía—. Sólo se sabe de su asesino que consiguió escapar con vida, pese a estar junto al emperador el propio Conde Negro, el temido hijo de uno de los dioses de las Tinieblas. Debía ser un hombre excepcional, por lo que cuentan del Conde Negro.

—Sí, debía ser excepcional.

—Eso ocurrió hace meses ya, y desde entonces muchos señores feudales desean hacerse con el mando del imperio. Por eso luchan entre sí. Uno de esos señores es Kishe-Or, que tiene bajo su mando varias ciudades. Una de ellas es Suaria. Y su ejército particular es la Legión Roja.

—Interesante.

—La Legión Roja es prácticamente invencible. Con ella, Kishe-Or

ha logrado derrotar ya a dos de sus oponentes. Dicen que él mismo entrena a sus hombres, porque conoce como nadie el arte de la guerra, pues fue discípulo del Conde Negro. Sólo él le puede derrotar en singular combate.

—¿Y dices que lo pasaría mal si me metiesen en sus filas como esclavo?

—Sí, bárbaro, porque te tratarían peor que a un perro. Incluso serían capaces de matarte por ser un aesir.

—Entiendo —asintió Katham.

—Lo que debes hacer es rezar para que te compre un campesino rico, o una dama caprichosa, que quiera llenar sus noches con tu cuerpo.

Katham sonrió.

—Así lo haré —dijo—. Gracias por todo.

—No hace falta que las des —Vorr tiró el cazo, ya vacío—. Quería charlar un rato. Eso es todo. Por cierto, ¿por qué has venido a Mnar?

—Ni yo mismo lo sé.

* * *

Olbar le despertó con una bofetada, que cruzó su mejilla como si le hubieran dado un puñetazo. Katham se despertó y, encolerizado, intentó tirarse sobre el gigante rubio para matarle. Pero las cuerdas se lo impidieron.

Maldijo entré dientes a todos los dioses que pudo recordar.

Olbar rió con ganas, contagiando a sus hombres.

—¡Ishtar se me lleve! Si no temiera que un día me arrancases las entrañas, te aceptaría gustoso entre mis filas.

—Como has dicho, oso apestoso, te arrancaría las entrañas si lo hicieras, a la menor oportunidad —jadeó el bárbaro.

—Cuida tu lengua, aesir —rió el gigantón—, o un día de estos te verás privado de ella. Pero no seré yo quien te la corte, por mucho que insultes. Las palabras no cortan. Ni matan. Y no lograrás evitar con ellas lo que te espera.

Se volvió, bramando algunas órdenes a sus hombres.

—¡Vamos, gandules, a trabajar! ¿No queríais regresar pronto a Suaria para pasarlo bien? ¡Pues no os durmáis!

Katham observó todas y cada una de las cosas que se hacían en el campamento, mientras se preparaban para partir hacia Suaria. Se

recogieron las tiendas, se colocaron todos los pertrechos en los caballos, se borraron las huellas de su estancia en aquél lugar... Todo con orden y precisión.

Uno de los salteadores cortó las cuerdas que le mantenían sujeto al árbol. Pero sus brazos seguían atados.

—¡Camina! —ordenó el qué le libró de las cuerdas, dándole al mismo tiempo un empujón.

Katham le miró con ira, revolviéndose. Sus ojos azules despedían chispas de rabia.

—Vuelve a tocarme —silabeó— y juro por lo más sagrado que no verás llegar la noche.

El salteador se inmutó al ver el gesto enfurecido del aesir. Pero después sacó un impresionante machete y se lo colocó al bárbaro en la garganta.

—No me amenaces, cerdo del Norte, o te degollaré aquí mismo.

Entonces se oyó una voz. Burlona, casi hiriente.

—Bren, guarda tu cuchillo para los que puedan defenderse. Lo que estás haciendo se llama cobardía.

Katham ni siquiera miró a su defensor. Seguía sosteniendo la amenazadora mirada del llamado Bren, sin amilanarse.

El machete seguía apoyado en su garganta.

Por fin Bren lo retiró, mientras resoplaba enfadado, controlando su ira de mala gana.

—Llévalo tu, Daria —exclamó—. Si sigo teniéndolo ante mí, seria capaz de matarle.

—No te preocupes, Bren —dijo la voz—.Yo me ocuparé de él.

Katham miró al autor de aquellas palabras. O, mejor dicho, a la autora.

Porque... era una mujer.

Y un espléndido ejemplar de mujer, hay que añadir. De rubios cabellos cortos, como los de un hombre, y rostro curtido por él sol, cosa que realzaba aún más su innegable belleza. Su cuerpo era armonioso y bronceado, pero se adivinaba en ella una singular fuerza y arrojo, como una amazona Vestía prendas de cuero sin curtir, que dejaban visibles piernas y brazos, así como el nacimiento de sus pechos rotundos.

Del cinturón pendía un gran cuchillo, de ancha hoja.

Naturalmente, la sorpresa del guerrero aesir fue mayúscula. Pero

su bronceado rostro no reveló emoción alguna

—Así que tú eres Katham, el aesir que Khant capturó ayer —la mujer le miró divertida.

—Veo que me conoces —observó el bárbaro—. Pero yo a ti no. ¿Quién eres? ¿Y qué haces en este lugar?

Los labios de la mujer se curvaron en una mueca de disgusto.

—Demasiadas preguntas. Mi nombre ya lo oíste: Daria. Si deseas más datos de mí, te diré que formo parte de esta banda. Yo también soy una ladrona., y asesina además.

—¿Asesina?

Daria sonrió con ironía.

—Maté a un soldado imperial que trataba de violarme —contestó—. Desde entonces tengo la cabeza puesta a precio, pero dejemos esto, bárbaro, y camina. Nuestro destino no vendrá hasta nosotros si no nos ponemos en marcha.

De pronto alguien se acercó al bárbaro y le soltó un empellón que casi le hizo caer. Por fortuna, evitó morder el polvo.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —oyó—. Daria, ser la amante de Olbar no significa que puedas hacer tu voluntad aquí. Olbar ha dicho que a trabajar. ¡No a hablar!

Katham se volvió, harto. Ya le estaban hinchando las narices y eso no lo soportaba.

—Cerdo de Eoria —reconoció a Khant, el de la espada curvada—. Nuestros países muchas veces estuvieron en guerra. Ahora comprendo el porqué. ¡Todos los eorianos deberían pudrirse en los abismos de la muerte! Oléis mal.

Un puño de granito se estrelló contra su barbilla con gran fuerza. Y esta vez no logró conservar el equilibrio. De nuevo se estrelló de espaldas contra el suelo.

Pero a pesar de todo, siguió insultando.

—Esta es una muestra de vuestro valor —jadeó—. Pegar a hombres atados. Igual que cuando matabais a las mujeres y a los ancianos de los aesir, durante la guerra, cuando yo nací.

Khant, lívido, tembloroso de furor, sacó su espada.

—Perro del Norte, estás buscando la muerte... y la encontrarás.

El filo de su arma relampagueaba demasiado cerca de su cuerpo.

—¡Quieto, Khant! —se oyó el vozarrón de Olbar—. ¿Qué crees que haces, loco?

—Este maldito aesir me ha insultado —contestó, convulso—. Déjame que le mate:

Katham, desde el suelo, miró al jefe de aquella banda.

—Sería mucho dinero perdido —se negó Olbar, acariciándose la rubia barba.

Daria se acercó a su amante y jefe, sonriente.

—Hace mucho que no nos divertimos con una pelea —le dijo—. Khant es bueno peleando. Y dicen que los aesir manejan las armas como nadie. Podría resultar entretenida una lucha entre ambos.

Olbar miró a los dos hombres. Parecía pensativo. Después, rió.

—¡Sí, por Caantur! —contestó—. Quizá sea algo que no se puede ver todos los días. ¡Así sea!

Apuntó el bárbaro de las montañas de Kaal con el índice.

—¡Cortad sus cuerdas! —ordenó.

Fue obedecido al instante. Al parecer, sus hombres estaban deseando divertirse también, después de tanto tiempo aburriéndose en aquellos bosques, asaltando y robando a incautos.

Una vez libre de sus ligaduras masajeó sus muñecas y miró aviesamente a Khant, que seguía con la espada en su mano.

—Tenemos un feudo de sangre, eoriano —comentó—. Arreglémoslo sin demora. Sólo uno debe quedar con vida.

—Así es, aesir. Y ése seré yo.

Olbar sacó la espada del bárbaro de su cinturón y se la lanzó. Brilló en el aire, hasta que Katham la recogió con la diestra.

Miró a Daria.

—Espero que no nos defraudes, bárbaro —dijo la mujer.

Katham no habló. En una lucha las palabras no sirven para nada. Lo importante es hablar con el acero.

CAPÍTULO II

—ES una lástima que deba ensuciar mi sable con tu sangre, aesir —dijo el nativo de Eoria, uno de los países limítrofes con el reino Aesir—. Pero tus insultos sólo se pueden lavar con sangre.

Katham sonrió, mientras entornaba los ojos, midiendo la fuerza de su adversario. Khant estaba perdiendo energías por la boca, subestimándole.

Ese fue el error de muchos, que después cayeron bajo su acero.

—Vamos, ataca —silabeó el bárbaro—. ¿O acaso la vista de una espada impide tus movimientos?

Khant apretó los dientes.

Aquel sucio, bárbaro... ¡le estaba llamando cobarde!

Eso era más de lo que podía aguantar el eoriano. Enarboló su curvada espada con ambas manos, y se lanzó al ataque, emitiendo al unísono un escalofriante grito. Su grito de guerra, seguramente.

Katham no necesitaba nada de eso para infundirse ánimos. Sólo gritaba cuando le causaban un gran dolor, pues era humano. Y también cuando necesitaba concentrar todas sus fuerzas en un solo golpe.

La espada de Khant buscaba su cabeza. Pero el bárbaro asesino de reyes, y hasta de dioses, burló fácilmente el primer ataque dando un salto hacia atrás y a un lado. La brillante hoja de acero silbó en el aire, como decepcionada.

Rugieron sus hombres, que formaban un círculo en rededor de ambos contendientes. Parecían también sedientos de sangre.

—¡Mata al cochino bárbaro, Khant! —oyó que alguien decía.

—¡Trínchale! —decían otros—. ¡Destrípale!

Volvió a sonreír con dureza el aesir. Y Daria, que no se perdía uno solo de los movimientos del gigante de bronce, se extrañó de

tan incomprensible actitud.

Si el bárbaro salía con vida de aquella lucha moriría a manos de los compañeros de Khant. Era lo más seguro.

Katham paró con su acero varios ataques más, demostrando que en sus manos una espada era más que un adorno. Y no se movió del sitio que ocupaba. Tampoco dejó ningún hueco por el que pudiera atacarle el eoriano.

Esta vez el que sonrió fue Olbar, el jefe de la banda.

El aesir manejaba la espada como si hubiera nacido con una en las manos. Parecía formar parte de su musculoso brazo. Y tenía experiencia en combates. Y mucha. Parecía adivinar cada uno de los ataques de Khant.

De nuevo se oyó el choque metálico de acero contra acero. Y esta vez más fuerte que antes.

Khant estaba más furioso que nunca.

Y el bárbaro… ¡seguía sonriendo! Paraba los ataques con una facilidad pasmosa, como si aquello no fuera con él.

Se entrecruzaron los aceros, a la altura de las cabezas de ambos antagonistas. Durante unos instantes parecieron dos estatuas llenas de fuerza y vigor.

Khant sudaba copiosamente.

La sonrisa del bárbaro de Kaal se volvió dura, fría como los hielos que cubrían las montañas donde su pueblo vivía. Brillaron sus ojos, más azules que nunca por la cólera.

—Morirás, Khant —sentenció—. Igual que los demás que cruzaron sus armas con la mía. Pero cuando la muerte te reclame, no te reproches el haber sido derrotado por el brazo armado de un aesir. Es mi destino matar. Y ¿qué podría hacer tu espada con uno que es matador de hombres, reyes, monstruos… y hasta dioses? No, no te lo reproches.

Agarró la muñeca armada del eoriano y la alzó con fuerza. Después, su pie derecho, que hasta aquel momento estuvo atrasado, se disparó con virulencia, alcanzando el pecho de Khant.

Trastabilló éste hacia atrás, perdido el aliento. Y entonces Katham aplicó el «golpe de gracia».

Volteó el arma en su mano, mientras comenzaba a brotar de su garganta un grito ronco. Khant desorbitó los ojos al ver la espada brillando hacia él, cortando el aire en un arco perfecto que acabó en

su cabeza.

Hubo un crujido espeluznante, mientras el filo de su espada hendía carne, hueso y masa encefálica. Se abrió la cabeza de Khant como un melón maduro, sin darle tiempo al pobre desgraciado ni a gritar.

Se oyeron algunas exclamaciones de asombro y horror entre los presentes.

El cuerpo de Khant, con la espada incrustada aún en la seccionada cabeza, se desplomó como un muñeco roto, entre un espantoso baño de sangre y masa encefálica, que salpicaba las hierbas igual que antes hiciera con el propio Katham.

El guerrero aesir, con rapidez, arrancó el amuleto de su pueblo del cuello sin vida de Khant

—Esto es mío, enemigo —murmuró—. Y jamás sabrás que ésta es la verdadera razón de tu muerte.

Cogió el amuleto con la siniestra y arrancó sin remilgos la espada de los restos del cadáver. Después miró amenazador a los demás salteadores. Estos ya habían desenfundado las armas.

—Habéis visto lo ocurrido con Khant —amenazó—. Puedo hacerlo con todos, uno a uno. O incluso con todos a la vez. Por mí, no hay problema

Olbar se acercó a él.

La acerada punta de su espada quedó a pocos palmos del corpachón de Olbar.

—¿Quieres ser el primero? —preguntó, preparado.

El gigante rubio no intentó siquiera llevar las manos hasta su hacha.

—No, bárbaro —constastó—. Pero de llegar el caso, lo más probable es que te partiese en dos con mi hacha. Y de un solo golpe. Ni siquiera lo verías.

Katham no abandonó su actitud defensiva.

—Eso habría que verlo-rechazó.

—No quiero pelear contigo. Eres demasiado bueno con la espada como para matarte. Y es posible que obtengamos más dinero contigo si te unieses a nosotros, que si te vendiéramos en Suaria.

El bárbaro, ceñudo, le escrutó en silencio. ¿Bromeaba... o en serio deseaba que fuese uno de sus nombres?

—¿Me estás pidiendo que colabore con vosotros, alimañas de

Mnar?

—Así es —sonrió Olbar.

—¿Para asaltar a los imbéciles que pasan por estos bosques?

—Es posible que yo tenga algo más provechoso —se evadió de una respuesta concreta el rubio jefe.

—¿Como qué?

—Comprenderás que no puedo decírtelo hasta que seas uno de los nuestros.

El moreno bárbaro pareció pensativo durante unos instantes. Después envainó la espada.

—Vuelve a ser mía —afirmó Katham—. Y el caballo también. Si los quieres deberás quitármelos. En cuanto a tu oferta... No. Esa es mi respuesta.

—¿Te avergüenza robar? —se sorprendió Daria.

—He robado muchas veces —contestó, seco, Katham—. Y he matado muchas más. El motivo es muy diferente. Yo no nací para pasarme la vida oculto en los bosques, rodeado de asesinos y ladrones. Tengo ya mi destino trazado.

—¡Tonterías! —rió Olbar—. Ganarías mucho oro con nosotros.

—Ya tienes mi respuesta. No me vuelvo atrás. Y no intentéis pararme o lo lamentaríais.

Olbar resopló.

—No lo haremos, bárbaro —contestó— Nos has dejado sin nuestro compañero. Pero hemos pasado un buen rato. Un hombre que maneja la espada como lo haces tú no merece ser un esclavo. Marcha pues. Nadie te lo impedirá.

Sus hombres acataron las decisiones del rubio Olbar como si fuesen órdenes, é introdujeron las espadas en sus vainas. Dejarían marchar al aesir, porque ése era el deseo de su jefe.

Se deshizo el círculo, volviendo cada uno a sus tareas para marchar hacia Suaria. Katham comenzó a caminar hacia su montura, que aguardaba atada a un árbol por las riendas, sintiendo miradas nada amistosas a sus espaldas.

Montó ágilmente después de desatar al animal, y se preparó para marchar.

Vio venir a Daria hacia él, ceñuda.

—Adiós, bárbaro —se despidió—. Merecías la libertad y la conseguiste. Ahora, ¿adonde irás?

—No lo sé, mujer —miró hacia adelante—. Adonde me lleve mi caballo. No tengo un sitio fijo.

—¿Volveremos a vernos? Quizá algún día cambies de opinión...

—No lo sé, Daria —contestó el aesir—. Pero es posible. Muy posible...

No se despidió. Algo le decía que volvería a verla. Y pronto.

Sólo tiró de las riendas, y espoleó a su montura. Poco después se alejaba de allí, dejando tras él un rastro de polvo. Y el recuerdo, en forma del cadáver de Khant.

* * *

Los bosques de Mnar habían quedado muy atrás. Tanto, que ya apenas eran visibles.

Katham continuaba cabalgando, pero ya no había árboles que te refrescasen con su sombra. El sol no tenía ningún obstáculo para llegar a la curtida y oscura piel del bárbaro.

Dos días pasaron desde su encuentro con Olbar y sus hombres, los salteadores de caminos. Ahora se estaban acercando a Suaria, la ciudad donde pensaban venderle como esclavo.

Al principio, pensó en pasar de largo o cambiar de ruta, para evitar problemas. Estaban demasiado cercanos sus choques con el ejército xoqol. Sólo habían pasado unos cuantos meses desde la matanza que formó en Kush, la capital del imperio, en la que cayeron tantos guerreros bajo su afilada espada. Y entre los muchos muertos que dejó tras de sí aquella noche todavía vivida en su recuerdo estaba el propio Konthor, el emperador.

Pero finalmente decidió pararse en Suaria. Necesitaba dinero y alimentos para continuar su viaje. Un viaje que parecía no tener fin. Y que quizá no lo tuviera, pues su destino era casi una utopía para él.

Después de todo, estaba ya acostumbrado a que le persiguiesen. El hijo bastardo de un rey aesir que más tarde él mismo degolló, educado por una prostituta, el mejor guerrero de Kaal según sus maestros, era quizá el hombre más perseguido de dos reinos: el Aesir y el Xoqol. Por donde pasaba, dejaba su recuerdo.

Ese era su camino para llegar a convertirse en lo que los dioses le profetizaron.

El fundador del Imperio más grande que jamás existió.

Por ahora sólo era eso. Una profecía. Y el futuro soberano era

sólo un criminal, un hombre perseguido por la justicia.

Dejó de pensar en todo aquello, mientras una sonrisa burlona curvaba sus finos labios, agrietados por el calor y la sed. Si debía ser rey, si los dioses así lo querían, así sería. Pero eso formaba parte del futuro.

Siguió caminando, con las riendas en la diestra. Su montura estaba junto a él.

Ya estaban cerca de Suaria. Era visible para sus ojos de halcón, habituados a mirar las cosas a gran distancia.

El camino que seguía le llevaba directamente hasta Suaria, y estaba rodeado por campos labrados, llenos de pastos o cereales. Esos campos formaban parte de los dominios de Kishe-Or, y en su centro...

Suaria.

Al verla, Katham recordó su estancia en Kush. Su estructura era muy parecida a la de la capital de Xoqol, pero, naturalmente, sus dimensiones eran algo más reducidas... Y tampoco poseía murallas. Si había algún peligro en Suaria, sus habitantes sin duda se refugiarían en aquel castillo que se veía en la distancia, en lo alto de un monte muy escarpado, al que se accedía por un estrecho sendero.

Allí vivía Kishe-Or, naturalmente. Y junto a él, la Legión Roja.

El guerrero aesir ocultó su medallón en una bolsa de cuero que metió entre su cinturón y el taparrabos que llevaba como única indumentaria. No quería problemas, aunque le fastidiaba hacer aquello.

Poco después entraba en Suaria y dejaba su montura en un establo, pagando algunas monedas a su dueño por anticipado. Aquella gente no parecía fiarse demasiado de los extranjeros.

Era poco el dinero que siempre llevaba en la bolsa donde ocultó antes el medallón. Y ahora, después de pagar a aquel hombre, aún era menos. Sólo le quedaban un par de monedas de plata.

Caminó más tarde por las calles de Suaria. Unas calles bastante anchas, asfaltadas a base de piedras irregulares, y en las que se notaba que bajó ellas había cloacas, como en Kush.

No pensaba quedarse mucho tiempo allí. Sólo el suficiente como para conseguir algún dinero. Y la manera más rápida y fácil de ganar dinero en una ciudad como Suaria es esperar la llegada de la

noche.

Y eso era precisamente lo que haría el bárbaro aesir.

Amparado en las sombras, podrían despojar de su dinero a algún viandante atrevido que circulase a tales horas por la urbe. Pero aún quedaban algunas horas hasta llegar a la noche. Las pasaría lo mejor posible.

Llegó hasta una plaza y se paró al ver el gentío que había en ella, alrededor de unos fornidos guerreros de cascos con cuernos y brillantes corazas, montados todos ellos en sus caballos. Sólo uno estaba en pie, frente al público expectante, hablando. Gritando más bien.

Se acercó el moreno guerrero de las montañas de Kaal, dominado por la curiosidad. Vio en las manos de un jinete una bandera roja, con un griffo mitológico bordado en su centro.

—La Legión Roja —murmuró Katham, muy quedo.

Sí, aquélla parecía ser la tan famosa legión Roja. Al menos eso parecía por su estandarte.

—La victoria está cercana, suarianos —oyó las palabras del guerrero que hablaba—. No falta mucho para que nuestro señor, Kishe-Or, sea el nuevo emperador. Y cuando eso suceda, la Legión Roja será la guardia imperial, adquiriendo sus componentes fama y riqueza sin límites. Todos los guerreros de la Legión Roja podrán bañarse en oro cuando Kush caiga en nuestras manos. ¿Qué esperáis, súbditos del nuevo emperador? Es la mejor oportunidad de vuestras vidas. Y no se volverá a repetir. La Legión necesita hombres valientes y decididos, capaces de dar la vida por su señor. Es una vida difícil, pero tiene sus compensaciones. La soldada es suculenta. Nada menos que... ¡veinte monedas de oro cada semana! ¿Qué me decís?

Hubo un gran murmullo entre todos los presentes. Veinte monedas de oro por semana era una cifra respetable., Una auténtica riqueza al cabo de los años.

Katham sonrió. Quizá no hiciera falta robar para conseguir algo de dinero...

—Son sólo cinco años los que estaríais, en nuestras filas. Cinco años que pasan muy rápido —siguió hablando el soldado—. Pensadlo bien. Mañana volveremos. Los voluntarios deberán hallarse aquí mismo cuando lleguemos.

La multitud se dispersó, haciendo comentarios contradictorios. Unos decían que podrían conseguir una fortuna en cinco años, cosa que de otra forma no lograrían. Otros argumentaban que ningún legionario llegaban vivo a los dos años de servicio...

Los legionarios se marcharon, tomando la ruta hacia el castillo.

El guerrero aesir también optó por abandonar aquel lugar. Mientras, algo bullía en su cerebro.

* * *

La noche cayó sobre Suaria, envolviendo con su oscuridad las calles de la ciudad. Sólo algunas antorchas, crepitando agitadas por una suave y fría brisa, desgarraban la oscuridad, produciendo bailoteantes sombras que se alargaban, estirándose durante breves momentos para después volver a encogerse.

El único sonido era el crepitar de las antorchas y, de vez en cuando, el silbido del viento al levantarse una repentina ventisca.

No había nadie por las calles en aquel momento, cosa poco frecuente en Suaria. Como en Kush, cuando allí llegaba la noche comenzaba una vida muy distinta a la de la mañana.

Sin embargo, en aquella ocasión era distinto. Por lo menos en aquel tramo de calles tan cercanas a los suburbios del oeste de la ciudad.

Pero de pronto hubo un sonido distinto en aquel lugar, que en nada se parecía al producido por las llamas de las teas aceitosas o al silbido del viento. Eran sonidos huecos, intermitentes... y cada vez más fuertes. Como si quien lo produjera se estuviese acercando.

Una sombra nueva apareció al resplandor de las teas.

Una sombra engañosamente gigantesca y desproporcionada.

Era un hombre que parecía tener mucha prisa. Estaba envuelto en una capa, aunque el frío no era tan intenso como para llevar tal prenda.

Si alguien hubiese podido explorar en la mente de aquel hombre, probablemente no entendería nada, pues era tan grande la confusión que había en su interior y tan oscuros sus pensamientos, que resultaban casi impenetrables. Sólo un pensamiento parecía más comprensible que los demás, quizá por su inusitada fuerza: «Debo llegar... Debo...»

Sea donde fuere el lugar, jamás llegó. A veces el destino es caprichoso y cruel con los humanos, aunque haya quién afirme que

es totalmente imparcial. En este caso, así fue.

Algo pareció estallar dentro de la cabeza de aquel hombre y cayó, con un gemido ahogado, mientras unos fuertes brazos, nervudos, como de acero, impidieron que se estrellase contra el suelo y lo arrastraron hasta una esquina, donde lo soltaron.

Katham guardó su acero, cerciorándose antes de que el hombre seguía vivo. El golpe que le propinó con el pomo de su espada fue muy fuerte y temía haberle producido alguna fractura en el cráneo. Por fortuna, no era así.

Después lo registró, hallando una bolsa. En su interior, varias monedas de oro. Y un papel en el que había algo escrito.

Lo guardó todo en su propia bolsita de cuero y, satisfecho, se largó de allí. Estaba dispuesto a gastarse un par de aquellas moneditas de oro aquella noche con alguna mujer.

Entonces, oyó la voz.

—Katham...

Era una voz grave, casi cavernosa, como surgida de ultratumba. Y había pronunciado su nombre.

Se volvió, sacando con premura su brillante acero, que se transformó durante unos instantes en un destello rojizo al chocar con su hoja la luz de una antorcha. Convencido de que alguien fue testigo de su crimen, escudriñó en tornó; intentando taladrar las sombras con su mirada.

No vio nada.

Comenzó a dudar de sus sentidos, aunque no por ello bajó la guardia. Pero finalmente soltó una risita irónica y, volteando en su mano con habilidad el acero, se dijo:

—Los dioses me maldigan por imbécil. Se me están ablandando los sesos desde que estoy entre los xoqol y ya oigo voces que no existen. Quizá la locura sea contagiosa, después de todo.

Se sintió ridículo con el arma en la mano y la enfundó de nuevo.

—Parezco una mujerzuela medrosa, asustada de su propia sombra —se reprochó—. Probable es que termine viendo espíritus errantes. Si a tal grado llegan las alucinaciones, mal porvenir me espera. Pero me temo que ya estoy bastante demente como para qué la situación se agrave.

Sólo un momento más tarde volvía a empuñar él acero, al oír una risa apagada muy cerca suyo. Un sudor frío cubrió su

semidesnudo cuerpo.

—¿Quién está ahí? —preguntó, cabreado—. ¡Conteste o por Ishtar que no responderé de mis actos! .

Una figura, apenas una silueta, pareció surgir de la oscuridad frente a él. No pudo ver gran cosa, Sólo los sombreados contornos de una oscura figura envuelta en una especie de estameña larga hasta los pies, como las que usaban algunos peregrinos que él halló en su camino durante su largo viaje.

Volvió a brillar la hoja de metal, al apuntar a la casi invisible figura.

—No temas, Katham —rió de nuevo la silueta, con su voz ronca —. Yo jamás podría hacerte daño. Ni tú a mi, aunque quisieras. Retira la espada y te estaré agradecido.

—¿Quién eres?—quiso saber el aesir, sin dejar la espada—. ¿Cómo es que me conoces?

Esta vez, el de la estameña no rió.

—Ese es un secreto que nadie debe saber —contestó—. Y lo mismo sucede con mi nombre. No te haría ningún bien saberlo. Llámame «amigo», simplemente.

—¿Deseas algo de mí?

—No, aesir —negó el otro, con su extraña voz—. Nada tienes que yo desee. Sólo quiero que me escuches, que prestes atención a mis palabras. La razón es muy sencilla, y a la vez muy valiosa para ti. Se trata de tu vida.

—¿Qué quieres decir, monje? —frunció el entrecejo el bárbaro.

—No soy un monje, Katham —negó el extraño personaje con la encapuchada cabeza, que era apenas una sombra para el aesir—. No tienes, pues, que llamarme así. Si visto estos hábitos es por una razón muy distinta a la religiosa.

—¿Otro ladrón? —se sorprendió Katham, recordando algunos detalles de lo sucedido meses atrás en la ya lejana Kush —.Últimamente parece que todos los bribones escogen hábitos para andar con impunidad. Es una idea que quizá yo también debería adoptar.

—Te equivocas de nuevo, amigo mío —rectificó sin brusquedades aquel misterioso individuo—. Tampoco soy un ladrón. Aunque supongo que es lógico que pienses así, después de conocer al malogrado Oasan-Tah.

Katham respingó y miró, como alucinado, a aquella sombra viviente. Él, como todas las gentes de su época, era supersticioso por naturaleza.

—¿Cómo sabes tales cosas? —jadeó el bárbaro, apretando con fuerza la empuñadura de su espada—. No puede ser…

El oscuro personaje no respondió.

—Se hace tarde, Katham —comentó tan sólo—. Incluso para mí. Debo marchar, pero ten en cuenta mis palabras. Seguir en Suaria es peligroso para ti. Está en juego algo más grande que tu propia vida. No dejes nunca tu espada demasiado lejos. Sólo ella podrá salvarte. A ti… y a los demás.

Y, sin añadir más, se fundió con las mismas sombras de las que salió, como por arte de magia. Katham intentó detenerle, quiso saber más. Pero cuando llegó allí había desaparecido.

Confuso, sin saber qué hacer, comenzó a caminar sin rumbo fijo, intentando buscar un sentido a todo aquello.

No lo logró.

Miró su espada. ¿Por qué diría aquello sobre ella aquel tipo?

La enfundó. Acarició después la empuñadura.

CAPÍTULO III

LA taberna era pequeña, pero estaba limpia y no olía mal. Eso le animó a entrar en ella.

No había mucha animación en su interior, pues eran pocos los clientes. Y dos de ellos le eran conocidos.

Caminó hacia ellos y, cuando llegó a su altura, cogió un taburete y se sentó en la mesa que ocupaban. Todo ello, sin sonreír en ningún momento.

Daria y su acompañante le miraron con evidente recelo. Pero el bárbaro pasó aquello por alto.

—No quiero problemas —advirtió, seco—. No os preocupéis; no os voy a delatar. Al menos por ahora.

Era evidente la ironía en sus palabras.

—¿Qué haces en Suaria, bárbaro? —preguntó Daria, con el ceño fruncido—. Pensábamos que no vendrías.

—Pensasteis mal, es evidente —un asomo de sonrisa apareció en sus labios, pero ésta no llegó a materializarse—. Estoy aquí y eso es lo único que importa.

—¿Para qué has venido, cerdo del Norte? —escupió el otro individuo, el que acompañaba a Daria—. ¿Para chantajearnos, amenazándonos con una denuncia?

—No te pongas quisquilloso, amigo —avisó el bárbaro—. He venido a Suaria porque me salió de las narices. No debéis temer nada, puesto que también vosotros sabéis demasiado sobre mí. Y no me gusta que nadie sepa cosas sobre mí. Por eso olvidaréis que existo, que me habéis visto alguna vez. Y lo mismo haré yo.

—¿Es una amenaza? —se enfadó la joven de rubios y cortos cabellos.

—No, llamémoslo «un intercambio de favores» —rectificó

Katham—. ¿Os gusta mejor así?

—¿Y si no lo hiciéramos? —sonrió súbitamente Daria—. ¿Y si te dijera que Olbar, ahora mismo, debe estar enorgulleciéndose ante unos amigos de haber atrapado a un aesir?

Katham encajó las mandíbulas. Su cara se transformó en una torva máscara sin expresión.

—En ese caso, os mataré a todos —silabeó—. No dejaré a nadie vivo de vuestra sucia banda.

—Ahora sí nos amenazas —se percató la xoqol —... A Olbar no le gustará saberlo. Sólo por eso es capaz de aplastarte la cabeza.

—Lo veríamos —sonrió con dureza el aesir—. Es decir, lo vería yo, pues puedo atravesaros a todos aquí mismo y de nada os serviría el consuelo de que después vuestro jefe acabase conmigo.

Su diestra se engaritó en la empuñadura de su arma. En su rostro se podía ver la determinación. Sería capaz de matarlos a los dos.

—Está bien, bárbaro —un extraño brillo, como de admiración, apareció en los ojos de Daria—. Dekkar, avisa a Olbar. Dile que no hable sobré este hombre. Pídeselo por favor en mi nombre. Si lo hace, seré suya esta noche.

Y mientras decía aquello miraba con obsesiva fijeza a Katham.

Dekkar asintió y, sin decir nada, se marchó. Katham miró en derredor. Nadie los miraba, salvo la dueña del establecimiento, una mujer madura pero todavía bella.

Katham hizo un gesto que aquella mujer comprendió. Le pedía algo para beber.

—Así que esta noche Olbar lo va a pasar en grande contigo —comentó, irónico—. Imagino que eso haría feliz a cualquier hombre. Pero es posible que Olbar esté harto de tu cuerpo.

—No lo creo —sonrió con amargura la mujer—. Las veces que me ha tomado se pueden contar con los dedos de una mano y sobrarían algunos. Y siempre quedó muy complacido.

—No pareces muy feliz —advirtió el bárbaro—. Y muchas mujeres lo estarían ante la idea de pasar una noche con ese gigantón.

—Eres muy observador —el brillo de sus ojos aumentó.

—Debo serlo —sonrió Katham—. De no ser por eso, seguramente estaría muerto a estas alturas.

—Sí, supongo que así debe ser. —Pareció repentinamente nerviosa—. Pareces un tipo fuerte, y manejas muy bien la espada. En Kaal seguramente fuiste un gran guerrero. ¿Por qué, pues, has venido a Suaria?

En ese momento vino la dueña de la taberna con una jarra llena de Karst, una bebida de sabor muy agradable y color rojizo, que colocó sobre la mesa, ante Katham.

Estaba a punto de marcharse la mujer, cuando el aesir le sujetó sin brusquedades por el brazo.

—Espere —se llevó la diestra hasta la bolsita oculta que llevaba —. Nos iremos ahora mismo, así que voy a pagarle. ¿Cuánto es?

—Una moneda de plata —respondió la mujer.

Katham sacó la moneda, pero el papel que metió en la bolsa se cayó al suelo, quedando a pies de la dueña del local, que lo miró, sorprendido. Katham observó que se ponía rígida, mientras palidecía. Después miró al guerrero, con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde encontró ese papel? —preguntó, con voz algo insegura, procurando que no la oyesen los demás.

La mano de Katham se dirigió instintivamente a su acero, pero se detuvo a mitad de camino. Daria, que se había dado cuenta del gesto del bárbaro, le miró, extrañada por su reacción.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó ella.

—Era de un amigo mío —fue la respuesta de la mujer—. ¿Dónde está? ¿Qué le ha hecho?

Katham la fulminó con la mirada.

—Olvídese de ese papel —dijo—. Podría formarse una carnicería aquí dentro por su culpa. Su amigo está bien, aunque le duele un poco la cabeza. Por eso, para que no tuviera más quebraderos, le quité un peso de encima.

—¿Le robó? —se asustó la mujer, pero no gritó—. ¿Le dejó inconsciente, en plena calle? Dioses... No... Si le cogen, le matarán.

Katham se puso en pie de un salto al oír aquello, llamando la atención de los presentes en la taberna.

—¿De qué habla? —preguntó, en voz baja—. ¿Qué ha querido decir con eso?

Daria les miró, sin comprender, tan aturdida como el propio Katham.

—La Legión Roja —balbució la mujer, clavando las uñas en los

brazos del guerrero—. Ellos... matarán a Edaff. La deserción se castiga con la muerte. Y tú, guerrero, le has sentenciado.

Katham no esperó a oír nada más. Aquello era todo lo que necesitaba para lanzarse hacia la salida como un loco, sin respetar a nadie que se pusiera en su camino. Escuchó algunos insultos al empujar a un hombre, pero no hizo ningún caso.

Él podía ser un criminal. Un asesino, incluso. Pero no podía permitir que un hombre muriese por su culpa, sólo por un robo estúpido.

* * *

Cuando llegó al lugar donde dejó al tipo que atracó, arma en mano, no encontró al susodicho individuo. No estaba allí.

La dueña de la taberna llegó también hasta allí, después de seguir al aesir a toda carrera.

—¿Era... aquí? —jadeó, sin aliento.

Katham asintió.

—Así es —respondió, guardando la espada—. No está. Seguramente recobró el conocimiento y se marchó.

—No, estoy segura... de que le ha cogido la Legión. De otro modo ya habría llegado a la taberna, pues no está lejos de aquí. Se lo habrán llevado.

El bárbaro apretó los labios con furia.

—¿Era un desertor?—preguntó.

Ella le miró con súbita desconfianza.

—¿Cómo sé que vos no sois un espía de Kishe-Or?

—No tengo más pruebas que mi palabra. Y no creo que ésta valga nada para ti. Pero mía es la culpa de que hayan atrapado a ese hombre. Si muere jamás podré perdonármelo. Por eso deseo saber algo más.

—Está bien —suspiró la mujer, dejando más en relieve su impresionante busto de matrona—. Supongo que si fueras de la Legión ya habrías acabado conmigo, sólo por sospechar. »Sí, Edaff pertenecía a la Legión Roja. Pero al mismo tiempo era un rebelde. Como yo. Somos un grupo que no está contento con Kishe-Or y la Legión. Edaff, desde su puesto de privilegio, nos informaba de todos los pasos de ese tirano loco y sanguinario, para que nosotros nos ocupásemos de darle muerte. Varias veces lo intentamos. Varias veces fracasamos por la maldita Legión Roja. Y el anonimato de

Edaff cada vez era más difícil de mantener. »Por eso desertó. Sabía que eso significaba la muerte, si caía en manos de la Legión. Pero confiaba en nosotros, que queríamos sacarle de Xoqol y enviarle a algún lugar lejano, donde no peligrase su vida. Ahora es tarde para nada. No sólo acabarán con él. Antes le torturarán, para arrancarle cuanto sepa sobre los rebeldes.

Katham apretó los puños.

—Y todo... por mi culpa —se cabreó—. Maldito sea por toda la vida. Si pudiera hacer algo...

Escrutó las sombras. Apenas se veía nada, pues una antorcha se había apagado, seguramente por el viento.

Entonces se maldijo por idiota. ¿Cómo no se le ocurrió pensar en...?

—Me parece, muchacho —oyó tras él—, que no podrás hacer nada. Ni tu amiguita, la rebelde, tampoco.

Una trampa.

Vio a los dos hombres con las espadas desenvainadas. Los cascos con cuernos brillaron por la luz de las antorchas. Las corazas que protegían sus pechos lanzaron destellos rojizos.

Soldados de la Legión Roja, no cabía duda.

Uno de ellos apoyaba su ancha espada entre los opulentos senos de la madura rebelde. Sonreían ambos.

—Hemos tenido mucha suerte —se burló el que vigilaba sus movimientos—. Hemos atrapado, no sólo al traidor, si no también a otros dos rebeldes, que se han declarado en voz alta enemigos de la Legión Roja. Kishe-Or estará contento.

—Cerdos —musitó Katham, sacando el acero de la vaina—. Si tocáis a esa mujer lo pagaréis con la vida.

—No, morirás tú, por insultar a un legionario —sonrió el que hablara.

La mujer se revolvió, intentando apartar la espada del legionario que la amenazaba con su filo.

—¡No! —gritó—. ¡Dejadle! ¡Ese hombre no tiene nada que ver!

—¡Cállate, puta del infierno! —rugió el soldado, lleno de ira.

Sin piedad, sepultó en la barriga de la mujer su acero hasta la empuñadura. Ella, horrorizada, miró a Katham y se llevó las manos a la herida, para arrancar de allí la espada. Pero las fuerzas le fallaron y se derrumbó pesadamente.

Katham se vio acometido por una furia homicida irrefrenable. La espada partió de su mano a gran velocidad, convertida en un relámpago imparable, impulsada por su poderoso brazo.

Certera, atravesó por completo la garganta del asesino, que no llegó a enterarse ni de qué moría. Pero tampoco sufrió.

El otro legionario vio, sin poder dar crédito a sus ojos, la devastadora puntería del aesir y por unos momentos no supo qué hacer. Pero, confiado en su habilidad con la espada y al ver que Katham estaba ahora desarmado, decidió acabar con él.

—Ha sido una idiotez lo que hiciste, rebelde —dijo, acercándose —. Ahora no tienes ninguna posibilidad. Puedes comenzar a rezarle a Ishtar.

Katham escupió.

—Los rezos de nada me servirán contra tu acero. Pero si crees que estoy vencido, pronto te darás cuenta de tu error.

Y esperó la acometida del legionario, adoptando una postura de combate sin armas, perteneciente a uno de los estilos de la lucha autóctona de los aesir. Si la aplicaba bien podría desarmar en segundos a su enemigo. E incluso matarle, con un golpe en el punto preciso.

No hizo falta.

De pronto el soldado puso, cara de enorme sorpresa, de estupefacción casi. Y se derrumbó, dándose un golpe bestial en la cara con las piedras de la calle.

Pero no se enteró, pues ya estaba muerto.

En su espalda asomaba el mango de un gran cuchillo.

—Parece que te he salvado la vida, bárbaro.

Katham sonrió, relajándose. Allí estaba Daria, que era la que lanzó el cuchillo.

—¿Salvarme la vida? —dudó—. No me hace falta una espada para matar, muchacha.

Daria se acercó al caído y sacó el cuchillo de la ensangrentada espalda. Fue difícil, porque había atravesado limpiamente su coraza.

—Tienes mucha fuerza, Daria —admitió—. Y tu cuchillo es bueno.

—¿Sólo tienes eso que decir? —se enfadó la joven ladrona—. ¿No me darás las gracias?

—No conoces a los aesir, jovencita —también él recuperó su espada—. No puedo agradecerte lo que has hecho, puesto que no necesitaba tu ayuda.

Daria le miró con cólera. Katham no le hizo ni caso y se arrodilló ante la mujer rebelde, que todavía vivía. Pero su vida era tan ínfima, que pronto se agotaría. No tenía salvación.

No intentó siquiera sacar la espada de su estómago. El dolor seria el mismo. O incluso más.

—Kishe... Kishe-Or —balbuceó, mientras unos espumarajos sanguinolentos brotaban de entre las comisuras de sus labios.

Katham apretó tanto los dientes, que rechinaron y sintió dolor en las quijadas. Sus ojos azules adquirieron el brillo del acero.

—Morirá —musitó suavemente—. No te preocupes, mujer. Kishe-Or tiene sus días contados.

Murió con una sonrisa, quizá por haber conseguido un nuevo adepta a su causa. Pero se equivocaba. Katham sólo había jurado vengar con sangre aquella muerte. Y lo cumpliría.

La soltó con cuidado, como si aún pudiera notar algo. Quizá así lo creía el bárbaro venido de las montañas de Kaal.

—¿Está muerta —preguntó Daria, observando el cuerpo inerte.

Katham asintió, torvo su gesto.

—Vámonos de aquí —ordenó después—. Esto puede llenarse de legionarios en cualquier momento. Y yo no quisiera estar en medio cuando eso ocurra.

—¿Tienes miedo, acaso? No pensaba eso de ti. Sobre todo después de haber hecho ese juramento a una moribunda.

—Todos podemos tener miedo, mujer —comentó el bárbaro, mientras andaban, alejándose de allí—. Incluso un aesir. Y en mi caso no es la primera vez que ocurre. Cualquiera, aunque tenga el corazón de piedra, puede sentir miedo ante media docena de espadas. Pero el valiente se traga su miedo y lucha. El cobarde, huye. En cuanto al juramento... Nada tiene que ver contigo, así que olvidarás ese asunto.

—No te preocupes —sonrió Daria—. No te pienso delatar. Todos deseamos la muerte de ese hijo de una prostituta de Kush. Su muerte sería la mejor de las noticias para el pueblo de Suaria.

—Me alegra saberlo, porque pronto os quedaréis sin señor.

—Muchos lo intentaron, aesir. Y ninguno lo consiguió —suspiró

con desaliento la ladrona.

—Yo no fracasaré —pareció muy seguro de sí mismo.

—Eso mismo decían todos los que lo intentaron. Y ahora están muertos.

Katham aspiró con fuerza.

—La muerte es algo que siempre llevo detrás mío. Hasta ahora ha sido mi aliada. Pero si algún día se vuelve contra mí deberé aceptar su helado beso.

—Es una manera muy conformista de ver las cosas, ¿no?

—Es posible, Daria —asintió el bárbaro—. No soy más que lo que los dioses me dijeron que sería. Sencillamente, voy al encuentro de mi destino.

—¿Tu destino? —se sorprendió la joven—. Ya hablaste en otra ocasión sobre eso. ¿Acaso lo conoces?

Katham no contestó.

—Entiendo —afirmó Daria—. He oído hablar de cosas parecidas. Adivinaciones, secretos arcanos, magia... Pero yo no creo en cosas parecidas. Sin duda algún chiflado te metió todas esas ideas del destino en la cabeza. Pero el destinó es lo que nosotros hacemos de él. Por suerte o por desgracia, nadie controla nuestras vidas. Dices que has matado muchas veces. ¿Nunca pensaste en renacer tu vida? Sin todas esas tonterías de profecías ni nada parecido.

—Aunque lo quisiera, me sería imposible —negó Katham—. Conmigo viene la muerte, ya te lo dije antes. Y allí donde estoy dejo una huella de sangre. Por eso es fácil seguirme. Y cualquiera que lo quisiera podría ir tras de mí para matarme.

—¿Matarte? ¿Por qué?

—Estoy hablando demasiado —sonrió—. Y tú haces muchas preguntas. Créeme, si aprecias tu vida es mejor que no sepas nada. —Se paró—. Por cierto... No tendrás algunas ropas viejas para dejármelas, ¿verdad? Así llamo la atención.

—Pues, sí —contestó Daria—. Tengo algo en mi casa, que ya está cercana. ¿Para qué la quieres?

—Eres demasiado curiosa —fingió enfadarse el bárbaro—. Pero satisfaré tu curiosidad. Eso no quiere decir que confié en tí, naturalmente.

—Muchas gracias —agradeció con una mueca.

—Si se lo dices a alguien, tu preciosa cabeza peligrará —hizo un

significativo gesto con su diestra extendida en la base del cuello—. Así que procura no pasarte de lista.

—¿Me lo vas a decir o no? —sonrió Daria, que cada vez miraba más atentamente a Katham.

—Me voy a meter en la Legión ¡Roja —contestó el aesir, cómo si aquello fuera lo más normal del mundo.

* * *

—Sé que no podré quitarte eso de la cabeza, Katham —dijo Daria, mirando al guerrero de Kaal—. Pero ¿has pensado en lo peligroso que es?

El aesir se sentó en un taburete de madera, después de quitar el polvo que tenía. Las nuevas ropas que llevaba eran de campesino, pero Daria las arregló para que le quedasen bien.

—Naturalmente —respondió—. Será peligroso. Muy peligroso. Pero Kishe-Or debe morir. Tengo que matarle.

—En ese casó —suspiró la joven—, déjame ir contigo. Katham la miró, sorprendido.

—¿Ir conmigo? No, no puede ser...

—¿Por qué? —se acercó a él—. En el castillo también pueden vivir los familiares de los legionarios. Si me tomasen como esposa...

El bárbaro se puso en pie de un salto. No podía creer lo que oía.

—¿Esposa? —repitió, como alucinado—. Pero...

Daria puso los brazos en jarras y le fulminó con la mirada.

—No seas cretino —soltó de pronto—.Sólo deseo ayudarte, porque me gustas demasiado como para dejar que te maten. Lo de ser tu esposa era en un sentido figurado. Es decir, que ellos lo creyesen...

Katham suspiró, aliviado.

—No, Daria. Lo siento, pero soy un lobo solitario.

La joven acarició sus anchos hombros.

—Hasta un lobo necesita una compañera —musitó, poniendo su rubia cabeza en el poderoso torso hombre—. Y a menudo cazan juntos. Tú eres el lobo. Yo puedo ser tu compañera.

Le miraba directamente a los ojos. Parecía taladrarle hasta el alma con aquella mirada.

La besó dulcemente, cosa que podía sorprender a cualquiera que no le conociese, pero que le hubiese visto pelear como una fiera salvaje con la espada en la mano.

Y en ese momento la puerta se abrió.

Katham lo notó en seguida. No sólo porque una débil ráfaga de aire llegó hasta él. Sintió la repentina rigidez de aquel cuerpo joven y espléndido que momentos antes se estremecía entre sus brazos.

—Olbar… — jadeó Daria, muy queda:

La soltó y, lentamente, se volvió. La siniestra se apoyaba en la empuñadura de su espada.

* * *

Efectivamente, allí estaba Olbar. Parecía sorprendido, pero también brillaba el odio en su mirada. El hacha de doble filo ya no estaba en su cintura, si no en sus manos.

—Jamás lo sospeché —habló, con extraño acento—. Siempre creí que me eras fiel, maldita seas. Pensaba que yo era el único hombre al que te entregabas. Y ahora pensabas abandonarte en sus brazos. ¡En los brazos de ese cerdo aesir!

Daria no se atrevió a replicar. Parecía temerle demasiado. Pero no ocurría lo mismo con Katham.

—No es tuya, Olbar —osó intervenir—. Ni de nadie. Es una mujer y, como tal, tiene tanto derecho como tú a elegir pareja para divertirse por las noches.

—¡Cállate, cerdo del Norte, o te mataré aquí mismo! —bramó el rubio gigante de las barbas—. Ella es mía. ¡Sólo mía! Y este engaño merece la muerte.

—No… Por favor, Olbar. Nunca más…

Katham permaneció en el mismo sitio, impidiendo el paso del jefe de ladrones.

—No, xoqol —sacó la espada, todavía enrojecida por la sangre antes vertida en las calles de Suaria—. Daria no morirá esta noche. Ni yo tampoco. Vete y te dejaré vivir.

—Insolente enano —escupió en una de las hojas de su hacha—. Sólo por eso mereces reunirte con los dioses de las Tinieblas en los oscuros abismos del Más Allá.

—Esa reunión deberá aplazarse para más tarde, xoqol —se burló el guerrero—. Yo no estoy dispuesto a ir si no me invitan por las buenas.

Olbar rugió y se lanzó sobre Katham, poniendo todas sus fuerzas de titán en un golpe lateral con su hacha, que podía cortar en dos al aesir. Pero Katham saltó hacia atrás y el hacha pasó silbando a

escasos centímetros de su pecho.

No cabía la menor duda de que el gigantesco jefe de los ladrones de Mnar sabía manejar aquel arma. Y su fuerza le ayudaba. Segundos después, el guerrero aesir tenía que esquivar un nuevo ataque, que amenazaba con segarle el cuello como una brizna de paja.

Pero en el siguiente decidió pasar a la ofensiva y, en lugar de esquivar un nuevo hachazo, se abalanzó sobre Olbar, parando con su propia espada aquel golpe mortal. Espada y hacha quedaron inmovilizadas, intentando sus dueños hacer valer sus fuerzas sobre su enemigo.

Pero rara vez la fuerza puede contra un acero bien afilado como el de Katham. Ni es una espada el único protagonista en una lucha a muerte. También cuenta la astucia.

Katham no esperó a ver cuál de los dos era el más fuerte. En lugar de eso disparó su puño, alcanzando el costado derecho de Olbar, que se dolió del impacto y retrocedió.

—Maldito seas, aesir-se quejó—. Eso no ha sido noble.

El guerrero se encogió de hombros.

—Aquí lo que importa es la supervivencia —aclaró.

Y aguardó con la espada a punto.

Olbar enarboló el hacha con las dos manos y se dispuso a partirle en dos, desde el cráneo a la entrepierna. Daria gimió en el lugar donde se encontraba.

El aesir se apartó a un lado, fintando hábilmente el hachazo, y hundió su acero en el corazón del gigante de las barbas, partiéndoselo con limpieza. Olbar miró con sorpresa la espada que atravesaba su pecho y se desplomó con gran estrépito.

Katham suspiró, mirando el cadáver.

—Era muy bueno con el hacha —comentó.

Caminó hacia la puerta sin preocuparse por recuperar la espada, que continuaba en el cuerpo sin vida del suariano.

—Nunca... nunca nadie derrotó a Olbar —oyó tras él la voz asombrada de Daria—. Era el mejor luchador de Suaria.

Katham no dijo nada. Llegó a la puerta y salió, parándose a pocos pasos del umbral.

Daria se acercó a él, pasando por encima del cadáver de su antiguo amante.

—¿Te marchas? —preguntó.

—Sí, es lo mejor. Es demasiada sangre derramada para una sola noche.

Daria le sujetó por el brazo.

—No puedes dejarme ahora —gimió—. No puedes...

Katham se volvió y la miró. Había una lagrima en sus ojos, pugnando por salir. El guerrero se la quitó con el dorso de su mano.

—Ahora nos perseguirán sus hombres —le informó la joven ladrona—. Y no pararán hasta vernos muertos y medio devorados por los buitres. Déjame ir contigo.

Katham asintió.

—Está bien.

CAPÍTULO IV

EL nuevo día vio caminando por las calles de Suaria a un torvo personaje, cuyo atavío consistía en un modesto traje de pieles, como el que podría llevar cualquier campesino en aquella época del año. Tenía el pelo largo y negro, y era casi dos palmos más alto que la mujer de pelo rubio que le acompañaba.

El era Katham, el aesir. Pero nadie podía reconocerle como tal, puesto que su amuleto, el medallón de la calavera grabada, que caracteriza a todos, los del pueblo nómada de las montañas de Kaal, no lo llevaba, sino que estaba escondido en lugar seguro. Era generalizada la opinión de que, además de ser grandes guerreros, los aesir eran una raza degenerada, que sólo vivía para matar. Y eso no era cierto. Pero de nada servía gritarlo por las calles. Lo mejor era que ignorasen su verdadera identidad.

Tampoco llevaba su espada. Esta se hallaba escondida en el mismo lugar que el amuleto. En lugar de espada, llevaba colgado de su cinturón el cuchillo de Daria, que era la joven que, vestida discretamente, como cualquier mujer de Suaria, iba junto a él.

Ambos intentaban pasar desapercibidos, y esperaban lograrlo.

Así, de esta guisa, se dirigieron a la plaza central de la ciudad. Allí estaba el primer escalón que llevaría a Katham hasta algo que había jurado ante una mujer agonizante.

No iban de prisa. Todavía tenían tiempo.

Los pensamientos del guerrero eran sombríos. Pero, a pesar de todo, notó que la mano de Daria buscaba la suya. Katham no se hizo de rogar y estrechó aquella mano entre sus fuertes dedos, sintiendo ambos el calor del contacto.

Sonrió el bárbaro, mirando el rostro preocupado de Daria, la ladrona que poco tiempo antes pertenecía al grupo comandado por

el ya muerto Olbar. Era evidente que aquella mujer no deseaba quedarse sola, sin compañero, y por tanto sin protector. Hacer tal cosa sería para ella, una mujer perseguida por la justicia y ahora por sus propios compañeros, sucumbir en un mundo cruel, donde siempre imperaba la ley del más fuerte.

Katham se sintió de pronto extraño, como si algo anduviese mal. Siempre había cabalgado solo. Estaba acostumbrado a ello. ¿Qué pasaría a partir de entonces?

No le desagradaba la idea de tener una compañera en sus viajes. A nadie le desagrada. Y menos una compañera como aquélla: bella, sensual, valiente, decidida... Pero temía las consecuencias.

Sonrió de nuevo. Estaban a punto de caer en las fauces del lobo, en una empresa en la que quizá hallasen la muerte, y a él sólo se le ocurría pensar en las dulces trampas que el amor podía tenderle.

Por fin llegaron a su punto de destino.

Allí estaban de nuevo los soldados de la Legión Roja. Eran siete. Seis de ellos continuaban en los caballos. El otro había desmontado.

Había otros cuatro hombres allí, vestidos humildemente. Uno de ellos iba acompañado por una mujer de cabellos ondulados, demasiado delgada en opinión de Katham.

También vieron algunos curiosos, que observaban con interés lo que ocurría. Katham descubrió miradas de odio y desprecio en ellos.

—Parece que la Legión Roja no tiene muchos simpatizantes —observó el aesir.

Daria suspiró.

—La gente los odia. A ellos... y a Kishe-Or —aclaró—. Esos hombres también odian a la Legión —se refería a los voluntarios—. Pero el hambre y la tentación de riqueza fue demasiado fuerte para ellos.

Se acercaron. Las manos continuaban entrelazadas y Katham descubrió el temblor en la de Daria.

—Todavía estás a tiempo de marcharte y dejarme solo —siguió andando mientras hablaba.

—No, Katham —aspiró aire con fuerza y lo expiró lentamente, para tranquilizarse—. Deseo continuar a tu lado. Contigo me siento segura.

En ese momento las miradas de todos los presentes convergieron en ellos. Ya estaban frente a los legionarios.

—¡Vaya! —sonrió el desmontado—. Otro voluntario... ¿No es así?

Katham asintió despacio.

—Eso está bien. Jamás tuvimos cinco voluntarios seguidos en Suaria. La cosa parece mejorar en este maldito pueblo.

El bárbaro se abstuvo de hacer ningún comentario.

La mirada del legionario recorrió el cuerpo de Daria: La joven; nerviosa, tragó saliva. Los dedos se engarfiaron en la mano de Katham hasta hacerle daño.

—¿Es... tu mujer? —preguntó el soldado, con un brillo lujurioso en sus pupilas.

Katham rodeó a Daria con su brazo y la atrajo hacia sí.

—Sí —respondió, tranquilizando a la joven, que por vez primera sonrió—. Es mi esposa.

—Bien, bien... Quizá llegues lejos en la Legión. Con mi ayuda.

El aesir frunció el ceño, comprendiendo perfectamente el significado de aquellas palabras. Comenzó a darse cuenta del error que había cometido llevando consigo a la joven ladrona.

El legionario le miró entonces atentamente, aunque sin dejar de observar de reojo a Daria. El guerrero de Kaal era más alto que él. Era, sin lugar a dudas, el más alto y corpulento de los que allí había.

—Pareces fuerte —admitió—. ¿Lo eres tanto como pareces?

Y mientras decía aquello, disparó su enguantado puño contra el estómago del aesir, que ni se inmutó por el golpe. El puñetazo no le hizo mella, pues su estómago parecía de piedra.

Sonrió con dureza. Esperaba algo así.

El soldado le miró asombrado, y tragó saliva.

—Pues sí, lo eres-dijo.

Se retiró. La sonrisa de Katham no era nada tranquilizadora.

—Cuando lleguemos al castillo juraréis fidelidad a Kishe-Or —comunicó después en voz alta, para que todos le oyeran—. Allí se os informará sobre las reglas de la Legión, que de antemano os debo decir que son muy duras. Pero antes debéis pasar una pequeña prueba. ¡Ah! ¿Sabéis algo sobre dos legionarios asesinados a traición durante esta noche? No ocultéis nada, pues tal cosa seria castigada con la muerte.

Escrutó los rostros de los voluntarios y las dos mujeres. Todos

permanecían impasibles, como si aquello no fuera con ellos. Suspiró y siguió:

—Bien, en tal caso comenzaremos la prueba. Para entrar en el cuerpo de legionarios, tengo yo la decisión, después de ver vuestro comportamiento en este pequeño examen.

Cogió dos palos cilíndricos, tan largos y gruesos como una espada corriente. Le entregó uno a un joven de pelo castaño. Este lo cogió.

—No importa que no sepáis cómo se maneja una espada —continuó hablando—. Ya se os enseñará. Lo importante es el valor, la entrega en la lucha... Eso es lo que cuenta.

* * *

Tres de los voluntarios no sabían luchar. Pero demostraron tener valor, y arrojó. Pasaron la prueba.

El otro, que era ni más ni menos que el único hombre casado, sí sabía. A pesar de eso, fue derrotado por la maestría del legionario, cosa bastante lógica. Pero también fue admitido.

Finalmente, sólo quedó Katham por pasarla. El soldado de la Legión Roja ni siquiera estaba cansado por las otras luchas. Habían sido demasiado fáciles.

—Ahora te toca a ti —sonrió, señalándole con el índice—. ¿Qué esperas?

Katham devolvió la sonrisa y se separó de Daria, tomando con la diestra el palo. Después le entregó a la joven el cuchillo.

Se plantó ante el guerrero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el legionario del casco con cuernos.

—Ahriss —mintió el aesir.

—¿Eres suariano?

—No, soy kushita —volvió a mentir—. Pero estoy en Suaria desde muy joven. Y mi esposa es suariana.

Sonrió de nuevo él legionario, mirando a Daria.

—¿Tienes experiencia en el manejo de la espada?

Katham, el falso Ahriss, observó con sorna al soldado de la Legión Roja y volteó el palo en su diestra.

—Sí —contestó—. Me enseñó mi padre, que fue soldado en el Ejército Imperial.

El guerrero le miró, repentinamente helada su sonrisa.

—Entonces empecemos.

Se pusieron ambos en postura de combate. Katham no apartaba su mirada de los ojos del soldado, pero tampoco perdía de vista su falsa espada.

Daria contuvo la respiración. Algo en su interior le decía que el bárbaro aesir tenía demasiado orgullo como para dejarse vencer, que sería lo más razonable.

No.

Katham vencería al de la Legión Roja. Estaba segura. Y esa seguridad la obligó a sonreír. Y aún admiró más a aquel hombre venido de lejanas y heladas tierras.

Comenzó el combate simulado y, con él, el guerrero xoqol se arrojó sobre Katham, intentando golpearle con el palo en la desprotegida cabeza. Pero el aesir tenía rápidos reflejos. Sólo tuvo que coger su palo con ambas manos y ponerlo sobre su cabeza para parar el golpe.

Después paró un mandoble dirigido a sus costillas, esquivó un ataque frontal, eludió un buen golpe en las piernas saltando ágilmente... Y así varios más.

El xoqol resopló furioso, ante lo escurridizo y rápido de su adversario y maldijo a todos los dioses. Y sin más demora volvió al ataque.

Daria, divertida; se dio cuenta en seguida de que el aesir estaba meramente jugando. Para él aquello no era más que una diversión. Y le gustaba, al parecer.

Así estuvieron unos minutos, durante los cuales el nómada de Kaal dio una muy buena exhibición de sus habilidades ante su público cada vez más impresionado. Incluso los demás jinetes de la Legión, compañeros del desgraciado que se enfrentaba a él, apenas podían creerlo.

La joven ladrona llamada Daria se mordió el labio inferior.

Katham se estaba luciendo demasiado. Y eso no era bueno. Los legionarios podían sospechar.

El aesir decidió terminar con aquello, convencido de que ya demostró su habilidad con el acero, y fintando el ataque ya furibundo del xoqol le golpeó con la punta del palo en el pecho protegido por la coraza. Y pasó al contraataque.

La falsa espada del legionario se partió por la mitad cuando

Katham descargó el primer golpe. El segundo se lo arreó entre los cuernos de su casco, aunque con menos fuerza.

—Vencí —dio el combate por terminado el aesir, tirando el palo a un lado.

El xoqol, que luchó contra él vio cómo se alejaba, con ojos desorbitados y enrojecidos por la ira. Jadeante, intentó calmarse, mientras pensamientos de venganza pasaban raudos por su mente.

—Eres muy bueno con la espada —elogió, a pesar de todo—. Mereces pertenecer a la Legión Roja.

Pero mientras decía aquello sus ojos se posaban en el majestuoso cuerpo de la mujer que acompañaba al gigante de pelo negro.

* * *

Poco tiempo después, se encontraban andando hacia el castillo de Kishe-Or, el señor feudal que era el amo de todas aquellas tierras y de sus habitantes. En vanguardia iban los jinetes de la Legión Roja, procurando ir al mismo paso que los voluntarios, que no llevaban caballos.

El camino era tortuoso y difícil, y el castillo estaba bastante lejos, pero ninguno se quejó. Y menos que nadie Katham.

Daria también era fuerte. Y mucho. Lo demostró en repetidas ocasiones. Pero el ascenso hasta el castillo la llevó al límite y Katham tuvo que ayudarla varias veces.

El soldado que luchó contra el aesir —tenía la suerte de vivir después de enfrentarse a él— se acercó a la pareja en un momento en que Katham cogía de la mano a la ladrona para que continuase andando, pues ya estaba agotada.

—Si vos lo deseáis, bella dama —exhibió sus dientes, en lo que pretendía ser una sonrisa cordial—, podría llevaros en mi montura.

Daria miró al soldado con cara de espanto y luego al bárbaro.

—Oh... No... No os molestéis —jadeó después—. No estoy cansada... Puedo... Puedo seguir sola..

—No es ninguna molestia —tiró de las riendas para ponerse al paso.

Katham rodeó su talle y siguió ayudándola. Ella temblaba, pero estaba agotada. Esperaba que el aesir arreglase aquello. Temía estar cerca de aquel legionario, después de saber cómo la miraba.

—No hace falta, buen hombre —inclinó la cabeza Katham, en señal de gratitud—. Volved con vuestros compañeros, pues no es

necesaria vuestra ayuda.

Y viendo que la joven estaba a punto de caerse tomó una decisión, mientras decía:

—Ayudad a la otra dama. Su marido tiene más problemas.

Para demostrar que ellos no tenían ninguno, levantó en vilo a Daria con sus fuertes brazos. Ella dio un gritito y se agarró a su cuello. Y, como si nada, siguió caminando.

De esa manera se deshizo de aquel pesado, que, gruñendo, tuvo que llevar en su caballo a la otra mujer.

—Suéltame, Katham —le pidió dulcemente la joven.

—Ahora me llamo Ahriss —rectificó el aesir y soy kushita. Y tú te llamas Danneya. Recuérdalo.

—Está bien —sonrió Daria—. Pero haz el favor de soltarme. Peso demasiado como para que me lleves así todo el rato.

—Te equivocas. Estás muy flacucha y no pesas nada. Además, el único favor que te puedo hacer ahora es éste.

Daria le besó en los labios. Pero muy fugazmente, pues Katham debía saber dónde pisaba o ambos caerían.

Acercó su boca al oído izquierdo del bárbaro.

—¿Quién eres en realidad? —susurró—. No conozco nada de ti, salvo tu nombre y el lugar de donde vienes, y ya me siento segura en tus brazos. No tengo ningún temor cuando estoy junto a ti. Es... algo muy extraño. Antes también me sentía protegida, pero temía a mi protector. Contigo es diferente.

—Y quizá debería temerme-suspiró el aesir—, como me teme mucha gente. Y como me odian muchos más. Es malo lo que nos está pasando, Daria. Y sin embargo deseo que estés junto a mí. Pero tengo miedo.

—¿Miedo? —se asombró la ladrona.

—Sí, Daria —continuaban caminando. El castillo cada Vez estaba más cercano—. Un guerrero no puede estar atado a nadie. Cualquier día, quizá mañana u hoy mismo, pueden matarme. O puedes morir tú, por mi culpa. Mucha gente quiere mi muerte. Y mucha más la querrá en el futuro.

—No me importa, Katham —susurró, mordisqueándole la oreja —. Sólo sé que te necesito, que quiero ser tu hembra, tu compañera..., Como los lobos, ¿recuerdas? Es algo que siempre deseé. Si algún día queremos separarnos, nos separaremos y basta.

Si alguno muere en el camino, el otro le llorará y seguirá hacia adelante.

—¿Estás segura de querer eso, realmente?

—Sí —contestó ella, decidida—. Esa es la vida que quiero, junto a ti. Si me aceptas, claro.

Katham, aprovechando las circunstancias, mordió uno de los generosos pechos que se hallaban muy cerca, semicubiertos por el vestido de Daria. No le hizo daño, por supuesto. Y, en lugar de gritar, la joven se echó a reír.

—¡Por Ishtar! —también rió el aesir, ganándose algunas miradas de los otros voluntarios, que iban junto a él—. Claro que sí.

Daria puso una mano en su boca.

—Silencio, bárbaro —le reprochó—. La Legión Roja no tiene piedad con los que la mienten y, si sospechasen, dejaríamos nuestros sucios pellejos en estas malditas montañas.

Katham resopló:

—Le tengo demasiada estima a mi sucio pellejo.

Ella volvió a abrazarse a su cuello.

—Ahora cuéntamelo todo sobre tí, Katham —pidió.

—¿De verdad quieres saberlo? —se puso serio de pronto.

—No puede haber secretos entre nosotros —sonrió Daria—. Si queremos convivir, debemos confiar uno en e! otro.

—Uno de mis maestros siempre me decía que el único compañero en el que se puede confiar, sin ningún temor, es el acero —recordó el bárbaro— una espada es el mejor amigo. No te vende, ni te defrauda...

Daria asintió, comprensiva.

—Entiendo. Hace poco que estamos juntos y...

—También confío en ti —cortó el aesir—. Mis maestros me enseñaron que, después del acero, se debe confiar en el instinto. Te lo contaré todo.

Seguían subiendo. El castillo cada vez se hacía más grande ante sus ojos.

—Soy el hijo bastardo de un rey aesir —hablaba muy bajo, para que sólo le oyera la mujer—. Mi madre era una campesina, amante secreta del rey. Cuando nací intentaron matarme, pues un oráculo predijo que yo sería emperador algún día, guiado y protegido por los dioses. Pero los emisarios de mi padre fracasaron. Mi madre

murió, pero yo fui salvado en última instancia por el supremo sacerdote del templo a Ishtar, que me entregó a una prostituta para que cuidase de mí como si fuera su hijo.

Daria le escuchaba, como hipnotizada.

—Me hice hombre y me fue revelada la verdad —continuó—. Y al saberla pedí venganza. Mi padre temía que le arrebatara de su trono, pero yo no quería para nada su apestosa corona. Me metí en la guardia real siendo sólo un mocoso, y fui educado en todas las técnicas de lucha, que hicieron de mí el mejor guerrero de Kaal. —Se río—. Mi padre me destinó para su escolta personal y yo le degollé el mismo día. Después tuve que huir a toda prisa de mi patria, perseguido por los que días antes me llamaron «compañero». Muchos cayeron bajo mi espada.

La joven ladrona tragó saliva.

—Y ésa es mi verdad, pequeña Daria —sonrió sin ganas—. Si quieres saber más, te diré que durante mucho tiempo cabalgué por territorio xoqol sin llamar demasiado la atención. Pero era una lástima que siempre dejase algún cadáver detrás mío. Y de esa manera llegué a Kush.

—¿Kush? —se sorprendió la ladrona.

—La Ciudad de las Murallas —sonrió el guerrero—. Allí me vi metido en una banda de ladrones, que planeaba robar al emperador.

Daria abrió mucho los ojos. Iba de sorpresa en sorpresa.

—Pero entre nosotros había un traidor y fuimos sorprendidos por la guardia. Fue una matanza, casi perecí en aquel maldito palacio… Pero salí con vida, aunque herido y con la espada roja por la sangre. Incluso corté la cabeza de aquel cerdo, el emperador Konthor.

—Dioses —gimió Daria—. Tú… mataste a Konthor, al emperador.

—Marché como pude de Kush —continuó hablando Katham, sin oírla—. Y después de algunos meses deambulando por el Sur, encontré un pueblo llamado Leromia, donde acabé con una mujer llegada de lejanos mundos, que se alimentaba de carne humana y que allí era adorada como una diosa. Se hacía llamar KA-TAR-OL.

—¡Ka-Tar-Ol! —se horrorizó la joven—. ¡El nuevo dios de Xoqol!

—Sí, eso era —sonrió Katham—. Ahora está en el estómago de

un maldito vástago de las profundidades, quién sabe dónde. Y ésa es toda mi historia. Ahora estoy aquí, imbécil de mí, arriesgándome el cuello por una promesa a una muerta.

Daria le miraba como alucinada.

—Dioses… —logró articular—. No… no puede ser verdad esa historia.

Katham sonrió.

—Pues lo es —aclaró—. Todo es verdad. Yo fui el que mató a Konthor, tu emperador. Y estuve a punto de matar también a aquella mujer de las estrellas que se creía más fuerte que los dioses. Pero un maldito gusano salido de las entrañas de la Tierra, más grande que cualquiera de las casas de Suaria, la devoró, respondiendo a una mágica llamada. Si era emoción lo que querías cuando decidiste unirte a mí, te juro que conmigo no te faltará.

* * *

Llegaron por fin al castillo. Y mientras la joven contó su vida al aesir. Una vida no tan emocionante como la de Katham, pero sí trágica y llena de angustias hacia el futuro.

Los padres de Daria murieron siendo ella sólo una niña, en una razzia sangrienta llevada a cabo por una de las muchas tribus de asesinos que pululaban por Xoqol. Ella se salvó de milagro, sólo para vivir una vida de miserias y frustraciones y poder alimentarse haciendo de todo un poco. Incluso robar o, como hizo en algunas ocasiones de verdadera desesperación, vender su joven cuerpo por unas asquerosas monedas.

Por fin consiguió un trabajo de criada en una casa de ricos campesinos. Pero la fatalidad la persiguió y un día, mientras paseaba por las propiedades de sus señores un soldado imperial intentó violarla.

Aquel cuchillo, que era lo único que conservaba de su padre, la salvó, segando al mismo tiempo la vida del violador. Pero fue considerada una asesina y perseguida por la ley. Fue por eso por lo que se unió a la banda de Olbar, haciéndose su amante para que nadie la molestase.

—Y aquí estoy-concluyó su relato la joven—, siguiendo a un hombre cuyas manos y acero están recubiertos ya por una capa de sangre. Nuestras vidas están presididas por la desgracia, Katham.

El bárbaro negó con la cabeza, mientras la soltaba. Ya estaban

ante el castillo, y éste abría sus puertas para dejar libré el paso.

—La desgracia más grande sólo tiene un nombre, Daria: Muerte —filosofó—, Y nosotros estamos vivos… por ahora. Pero yo seguiré adelante, dejándome guiar por los Ka, por el propio Ishtar, para formar mi imperio. Si es cierto el, designio, no moriré hasta ver una corona ciñendo mi frente.

—Pero otros sí morirán —se apenó la mujer—. Y un Imperio, cuyos cimientos están hechos con sangre, no prosperará.

—Quizá sea lo único que sé hacer bien, mi buena amiga —su gesto era impenetrable—. Pero yo no busco la muerte. Es ella la que viene a mí. Yo no mato si no existe razón.

CAPÍTULO V

YA estaban en el castillo, contemplando detenidamente cómo era por dentro, pues Katham no pensaba quedarse allí mucho tiempo y quería conocer hasta el último detalle para cuando tuviesen que salir.

Por dentro no era atractivo. Ni mucho menos. Pero si era original. En el centro geométrico de aquella obra arquitectónica estaba la residencia de Kishe-Or, más grande que las otras, naturalmente, y adornada con extrañas gárgolas que, más que espantosas, eran grotescas. Y también había banderas, claro está. Banderas rojas con un griffo bordado, Y rostros. Carántulas de piedra, demoníacas y repugnantes a más no poder.

«Kishe-Or debe ser un tipo muy especial», se dijo a sí mismo el bárbaro.

En cuanto a lo demás, el castillo era de lo más corriente. Había mucha gente viviendo en él. Quizá casi cien personas. Y todas tenían allí su alojamiento, más ó menos miserable; y algunos sus negocios. Ese era el caso de los herreros, los sastres, etc., que también tenían allí su misión, tanto o más importante que la de pelear.

Daria y los demás también lo miraban todo con atención.

El legionario, qué parecía ser el jefe de aquel grupo y que no dejaba de mirar a la joven compañera de Katham, les llevó a la residencia de Kishe-Or.

* * *

Kishe-Or. Allí estaba. Frente a ellos.

Katham nunca vio un enemigo tan formidable en toda su vida. Excepto quizá el propio Conde Negro, aquel fabuloso adversario con

el que se enfrentó en cierta ocasión, saliendo con vida gracias a su suerte. Estaba seguro de que sería todo un reto vencerle.

Por su porte y dignidad, parecía un rey. Pero un rey guerrero, con su gran espada al cinto, preparado para entrar en combate en cualquier momento.

El casco con cuernos ocultaba sus cabellos y parte de su rostro quedaba en sombras. Pero el bárbaro de Kaal pudo apreciar que tenía un frondoso bigote rojo.

En las sombras, brillaban unos ojos crueles, casi sádicos.

Vestía totalmente de rojo, aunque sus ropajes fueran iguales que los de sus soldados, pero no llevaba coraza. Ni siquiera una cota de malla. No tenía más defensa que su ancha espada. En su pecho, un griffo grabado hacía aún más temible su aspecto. Una capa roja caía por su ancha espalda.

Era casi tan alto y robusto como el propio Katham. Pero el guerrero adivinó en seguida que el mayor peligro era aquel espadón cuya empuñadura sujetaba el señor feudal.

Al verle, todos los voluntarios suarianos, incluida Daria, hincaron la rodilla en la piedra gris de aquella sala. Katham los imitó, para no crearse problemas desde un principio, y juró mentalmente que no tardaría en quitar la vida al señor de Suaria.

El soldado que les había llevado hasta allí se acercó al silencioso Kishe-Or y le dijo algo al oído. Katham, mientras tanto, elevó un poco la cabeza para ver la escolta del hombre que pretendía convertirse en emperador de Xoqol. Eran cuatro torvos legionarios los que defendían las espaldas del futuro emperador. Cuatro guerreros armados con curiosas hachas de doble hoja y mango enorme, que también llevaba punta de lanza y parecía muy manejable.

En ese momento el legionario se apartaba de Kishe-Or. Los ojos del señor feudal, discípulo del Conde Negro, se posaron inexpresivos en los acerados de Katham. El bárbaro mantuvo firme la mirada.

—Poneos en pie, legionarios —ordenó, con voz grave—. Y vosotras, mujeres, también.

Obedecieron al instante. Ni siquiera Katham dudó esta vez. Sabía que si despertaba sospechas su vida podría darse por terminada. Y no le consolaba demasiado saber que estaba elegido

para grandes empresas.

—¿Juráis fidelidad a Kishe-Or, vuestro amo y señor? ¿Mataríais sin vacilaciones a una sola orden mía, aunque fuese a vuestro ser más querido?

Todos afirmaron al unísono, y el bárbaro no pudo reprimir una sonrisa irónica.

—¿Habéis respondido que sí? ¡Demostradlo! —la espada del noble salió de su funda, asida por unos fuertes dedos enguantados —. Tú, el llamado Thorr… ¡Mata a tu mujer!

La espada cruzó el aire y se clavó en el suelo, a poca distancia del aludido. Este, como alucinado, miró la vibrante empuñadura, sin comprender.

—¿No has oído mi orden, legionario? —rió con saña Kishe-Or—. Mata a tu esposa para demostrar tu fidelidad hacia tu señor.

La mujer de cabellos negros y ondulados miró a su marido, temblorosa, mientras él cogía la espada y la arrancaba del suelo. Sus miradas se encontraron durante unos instantes… Ambos sudaban.

Thorr enarboló la ancha espada con la diestra. Una lágrima de dolor sin límites, de odio hacia sí mismo, brotó de sus ojos enrojecidos. Ella se resignó a su suerte y se arrodilló.

Fueron segundos de angustia en los que la figura invisible de la muerte revoloteó por toda la sala, aguardando a su sumisa víctima. Una víctima que no protestó en ningún momento.

La espada ya iba a descender, entre los sollozos ahogados de Thorr. Su destino era la morena cabeza de su amada esposa.

Una manaza gigantesca le detuvo, agarrando la muñeca armada con tanta fuerza que le obligó a soltar el acero. Thorr se volvió, con un gemido, y su mirada tropezó con el rostro tenso del hombre que él conocía como Ahriss, pero que en realidad era Katham, el de aesir.

—¡Estúpido! —barbotó el guerrero—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Thorr intentó zafarse del aesir, pero no lo consiguió.

—¡Déjame, bastardo! Tengo que…

El falso Ahriss miró lleno de cólera al joven Thorr y le arreó un guantazo de miedo, sin contemplaciones, haciéndole rodar por el duro suelo con la boca partida, sangrante.

—Suariano sin cerebro —insultó—. ¿Es que no ves que te está poniendo a prueba? Si eres capaz de matar a tu propia esposa, también podrías traicionarle en cualquier momento, rompiendo tu juramento de fidelidad. Si la hubieses matado, ahora serías carroña para los buitres.

Una dura carcajada llegó hasta ellos. Katham sintió un escalofrío a lo largo de su espalda al oír aquella risa llena de maldad, de vileza.

Se volvió para mirar al autor de aquella orden tan cruel, que tenía doble filo, como la espada que había estado a punto de segar una vida inocente. Kishe-Or parecía muy divertido con todo aquello.

«Hiena kushita —pensó el aesir en aquel momento—, te juro que tu apestosa cabeza rodará por los suelos esta misma noche, cortada por tu propia espada.»

Kishe-Or le miraba, sin advertir el brillo homicida en las negras pupilas del bárbaro, tan insondables como las lejanas estrellas o los arcanos de tiempos olvidados, perdidos en la memoria de los hombres.

—Eres inteligente, Ahriss —comentó, aún con la risa flotando en sus labios—. Muy inteligente. Y diestro con la espada, según lo que me han contado. Eres un guerrero excepcional, como pocos de los que han pasado por la Legión Roja. Podrás ser tanto como ellos, que ahora son mis generales, algo me lo dice. O quizá seas más que ellos, incluso.

Katham sonrió pese a todo, e inclinó la cabeza.

—Gracias por vuestras palabras, mi señor —dijo, procurando disimular lo mejor posible su acento extranjero—. Me alegra saber que no os ha decepcionado mi comportamiento.

—Al contrario —rió de nuevo, acercándose a los nuevos legionarios—, me ha satisfecho plenamente. Estoy seguro de que darás grandes victorias a mi ejército.

Katham cogió la espada del señor feudal y se la entregó. Poco después era devuelta a su funda.

—Esta misma noche tendrás tu primera misión —sonrió el villano, palmeando su espalda—.Si la cumples satisfactoriamente, tendrás un puesto de honor en el combate decisivo de la Legión Roja: el sitio de Kush. Allí pelearás contra los compañeros de tu

padre, y nos será muy útil tu espada.

—¿Cuál es esa primera misión? —fingió impacientarse el aesir.

No pasó desapercibido el súbito destello malévolo que cruzó sus pupilas para Katham.

—Seguidme todos —ordenó, siempre con la escolta a su lado—. Debéis ver algo.

Se acercaron a una de las ventanas en forma de arco apuntado que había en la sala. Kishe-Or volvió a reír ante los rostros de espanto de los presentes.

Katham, tragó saliva al mirar por la ventana y se sintió culpable por la suerte de aquel desgraciado al que podía ver, agonizante, atado por gruesas cadenas a un par de gárgolas de piedra negra, desde allí.

Era Edaff, sin ninguna duda. El hombre que él envió a la muerte sin querer. El rebelde que luchó contra la tiranía de Kishe-Or, su asesino.

Colgaba del vacío por las cadenas, con su cuerpo lleno de atroces heridas y horribles quemaduras. Desnudo, medio muerto, ni siquiera podía maldecir su fortuna, pues le había sido arrancada la lengua de manera bestial y su boca toda era una mutilación horrenda, impropia de unos seres que se llaman a sí mismos «civilizados», como eran las xoqol. Y sus ojos eran dos cuencas vacías, llenas de sangre negruzca que no paraba de caer por sus mejillas como lágrimas espantosas.

Un gemido de angustia brotó de los labios de Daria, que fue la primera en verlo. Lívida, horrorizada, se tapó la cara para no seguir viendo aquel horror. La otra mujer soltó un alarido infrahumano y se derrumbó, inconsciente.

Los cuatro hombres apartaron la mirada, pálidos como la misma Muerte.

—¿Quién... era? —preguntó Katham, mientras se percataba de que aquel infortunado continuaba con vida; no estaba muerto.

—Un rebelde —contestó Kishe-Or, despreciativo—. Un traidor que creyó poder engañar al jefe de la Legión Roja. Merece su suerte.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi misión?

—Ese hombre sabía muchas cosas —sonrió el noble—. Cosas muy interesantes sobre los rebeldes. Al parecer, hay muchos en Suaria. Pero esta noche todos morirán. Y tú, Ahriss, con otros

hombres, te encargarás de que eso suceda. Mañana, Suaria debe estar limpia de sediciosos, para qué nuestro ejército pueda partir hacia Kush con tranquilidad y reunirnos con las demás facciones de la Legión Roja para el combate que me convertirá en el nuevo emperador.

* * *

—¿Irás, Katham? —preguntó Daria, una vez solos en la casucha que les había sido destinada como vivienda dentro de la fortaleza.

El aesir tardó un poco en responder. Se hallaba mirando los atavíos de la Legión Roja, que habían dejado allí poco antes unos guerreros. Ropas como las que ya viera antes, cubriendo los cuerpos de los legionarios.

La coraza, brillante, bruñida, reflejaba la mortecina luz de una lampara de sebo. El casco estaba sobre todo ello, esperando cubrir su morena cabeza.

Y la espada...

Katham la sacó de su funda, agarrándola con ambas manos, calculando su peso. Parecía tener luz propia. Estaba hecha por artesanos, por hombres que sabían hacer maravillas como aquéllas con él acero.

Dio un tajo al aire. La espada silbó, como decepcionada por no hallar una víctima en su camino.

—No tengo otro remedio, Daria —respondió el bárbaro, volviendo a enfundar la tizona—. Tengo que dejar que Kishe-Or se confíe. Pero ésta noche te juro que morirá.

Ella se mordió él labio inferior.

—Tengo miedo, Katham —se sinceró—. Le Legión Roja no perdona. ¿Por qué no lo olvidamos todo y huimos lejos, en lugar de arriesgar nuestras vidas por una muerta?

Katham la cogió por los hombros. La joven estrechó su rubia cabeza contra el pecho titánico del bárbaro.

—Prefiero enfrentarme a toda la Legión Roja con un buen acero, a tener detrás mío la venganza de los muertos por no cumplir una promesa. Los muertos me inspiran mucho respeto, Daria: Más aún que los vivos, pues a ellos no se les puede matar de nuevo.

—¿Entonces, vas a seguir adelante? —suspiró la mujer.

—Sí, pero si tú prefieres esperarme en lugar seguro...

Daria inspiró profundamente, para recuperar la confianza en sí

misma y en su compañero.
—No, me quedaré aquí —decidió ella—. No debo preocuparme, pues regresarás esta misma noche.
Katham depositó un beso lleno de pasión en los rojos y entreabiertos labios de Daria. Ella se estremeció entre sus brazos, rodeando el cuello del guerrero con sus mórbidos y desnudos brazos.
—Amor mío —gimió, dejándose llevar en alas de la sensualidad —. Sí, Katham. Ámame...
El aesir se olvidó de todo lo demás. En aquellos momentos de intenso amor, donde sólo ellos y su mutua entrega importaban, sólo veía el rostro sudoroso de Daria, sólo oía la respiración entrecortada de la mujer. Para él sólo existía el contacto de su cuerpo desnudo, de sus senos vibrantes y duros, de sus piernas al rodear la cintura de Katham. Todo lo demás parecía tan lejano.
* * *
Lívidos zigzagueos luminosos cruzaban los cielos, como latigazos dorados. El tamborileo del trueno se hacía cada vez más frecuente, más estruendoso. Y la lluvia caía torrencial.
Era como si la Naturaleza presintiese lo que iba a ocurrir aquella noche en Suaria y protestase por ello. Pero nadie la hacía caso.
Nadie, salvo los caballos, al parecer.
Estaban nerviosos por la repentina tormenta que se había desatado en los cielos, dejando caer un torrente de agua aquella noche tan especial. Los relinchos eran de miedo, como si intuyesen algo terrible en la atmósfera.
Katham también sentía algo. Compartía el instinto de aquellos animales. Y su temor.
Había algo raro en todo aquello, que el musculoso aesir no lograba adivinar, pero que sabía que existía: la lluvia, el comportamiento de los animales...
Envuelto en una capa roja, con el traje de legionario bajo ella, se acercó hasta las puertas del castillo. Allí había otros cinco guerreros, preparándose para la partida.
Uno de ellos se acercó a él cuando le vio venir. Un culebreó metálico recorrió las corazas cuando un nuevo relámpago rasgó la oscuridad de los cielos.
—¿Vos sois Ahriss, el jefe de este grupo de asalto? —le

preguntó.

Katham asintió despacio, procurando disimular una sonrisa llena de presagios.

—Así es —contestó—. ¿Todo está listo?

—Todo, señor —afirmó el otro legionario—. Vuestro caballo está preparado.

Caminaron hasta las monturas, con decisión. Katham iba delante, con la siniestra en la empuñadura de la tizona. Sus botas chapoteaban en el barro.

—No esperemos más —ordenó, montando a lomos del caballo, como ya habían hecho los otros cuatro legionarios de hermética expresión y ojos fieros—. Cuanto antes terminemos, menos tiempo tendremos que estar bajo esta maldita lluvia.

Cogió las riendas con la mano izquierda, mientras su diestra empuñaba la lanza-estandarte de la Legión Roja, con el griffo bordado sobre campo escarlata. Las puertas de madera del castillo se abrieron al mismo tiempo, dejándoles paso franco.

Así comenzaron aquella misión de muerte y destrucción. Y nadie en Suaria esperaba nada semejante.

Daria no quería dormirse.

Tenía demasiado miedo, sabiéndose sola en aquel castillo ominoso y terrible, cuyas sombras incluso le parecían amenazadoras, como para conciliar el sueño. Sin Katham a su lado se sentía indefensa, a merced de la maldad que sabía habitaba entre aquellas paredes.

Se vistió de prisa, poniéndose aquel incómodo vestido sobre su carne morena y temblorosa, ocultando todas las maravillas de su precioso cuerpo, que pocas horas antes no dudó en entregar al bárbaro guerrero de Kaal, sintiéndose plenamente dichosa al hacerlo.

Estaba enamorada.

Por vez primera en su vida había conocido el amor, el auténtico Amor... y no deseaba perderlo.

Cogió su cuchillo, sintiéndose más tranquila. Aquella brillante hoja ya conocía el sabor de la sangre, había matado dos veces. Si era preciso, quitaría todas la vidas que fueran necesarias para conservar aquel amor.

Colocó la correa con la funda en su breve cintura y guardó el

puñal. Aquello contribuyó a alejar su miedo aún más.

Recordó las palabras de Katham:

«Un buen acero nunca traiciona...»

En ese momento oyó un ruido detrás suyo.

Se volvió, pero demasiado tarde. El seguro de la puerta de madera saltó hecho pedazos, destrozado por un violento empellón desde el otro lado. Y un hombre entró por la ya inútil puerta, cayendo sobre ella en el acto, obligándola a caer.

Daria quiso chillar, pero una mano enguantada tapó su boca, haciéndole daño. Su cuerpo, atrapado, aplastado materialmente entre el suelo y el cuerpo del hombre, apenas podía moverse.

—Silencio, muchacha —jadeó el guerrero, con la lujuria temblando en su voz, y Daria pudo reconocerle—. Será peor... si gritas. Tu amante compañero se ha marchado. Estás sola, desvalida. Deja que yo te proteja... tal y como mereces.

Una boca se pegó a la suya, con avidez. Daria sintió un asco sin límites y estuvo a punto de vomitar.

Mientras, la mano libre del guerrero rasgó sus vestiduras, dejando libres sus senos, que oprimió entre sus dedos, estrujándolos, casi. Ella le arañó, le golpeó, sin conseguir nada, salvo exacerbarle aún más.

—No te resistas —levantó su falda con manos febriles para completar su felonía—. Pórtate bien... y no te pasará nada. Ni a ti, ni a tu querido esposo.

Daria apretaba las piernas cuanto podía, para evitar lo peor. Pero poco a poco el hombre iba ganando camino hasta su intimidad, aunque ella forcejeaba cuanto podía. Sabía que no podría detenerle.

Y entonces, cuando estaba a punto de consumar su vileza, la engarfiada diestra de la joven y llorosa Daria se cerró sobre algo duro y cilíndrico, cuya frialdad provocó escalofríos en su cuerpo, que su violador atribuyó a placer correspondido.

—Eres una ramera... adorable —jadeó, sintiendo ya muy cercano el contacto, como una cosa inminente.

El puñal.

Sabía manejarlo. No en vano lo llevó consigo toda su vida, como única herencia de un padre al que apenas si recordaba. No dudó en atizarle, con precisión... y resultados devastadores.

Los jadeos del violador se ahogaron en sangre, cuando la afilada hoja penetró mortalmente en su cuello, cortando de un solo golpe sus deseos, su tráquea y su vida, en una herida mortal de necesidad, que llenó de sangre las vestiduras desgarradas de Daria, así como su cara y los pechos desnudos.

Asustada, empujó el cuerpo sin vida del guerrero y se levantó de un salto. Su pecho se agitaba como loco, con el corazón encabritado dentro de él.

De nuevo el horror venía hacia ella. Otra vez la perseguirían por asesinar a un guerrero. Y la Legión Roja no perdonaba...

* * *

Allí estaba otra vez Suaria, envuelta en las sombras de la noche, desprevenida, con sus habitantes guarecidos de la lluvia evitando la furia de los elementos.

La oscuridad era casi absoluta. Nadie podía ver a los jinetes de metálicas corazas y agresivos cascos que se acercaban a la ciudad. Ni tampoco el estandarte que llevaba uno de ellos, con el símbolo de la temida Legión Roja.

Su misión era clara y pronunciada por los labios del propio Kishe-Or matar a todos los rebeldes, aunque tuviesen que destruir toda la ciudad. Y para llevarla a cabo sólo eran necesarios seis hombres, expertos con la espada y fieles.

Katham, experto con la espada sí lo era. Pero fiel...

No podía permitir que se llevase a cabo una matanza sin sentido en Suaria. Y menos después de ser el causante involuntario de la muerte de dos rebeldes.

Elevó la lanza-estandarte. El viento la hizo ondear casi con violencia.

—Bien, legionarios —sonrió, sin que nadie pudiera ver esa sonrisa—, llegó el momento. Por la gloria de la Legión Roja, es hora de matar... ¡O de morir!

Y su diestra, al decir aquellas palabras, lanzó con todas sus fuerzas el estandarte, con un grito ronco, atravesando a uno de los legionarios que le acompañaban, ensartándolo como si su armadura no sirviese para nada, pues se desgajó como papel, sin impedir la muerte del infortunado. Cuatro rostros se volvieron hacia él, mientras el guerrero caía sin vida contra el barro, tiñéndolo de rojo. Cuatro rostros que al principio mostraban incredulidad ante el

comportamiento de un superior, pero que después, al comprender, al descubrir la traición, reaccionaron con furia.

Pero demasiado tarde. Cuando se dieron cuenta ya otro perecía por la afilada espada del traidor, degollado por un tajo limpio, sin haber tenido tiempo ni de desenvainar su acero.

—¡Morid, chacales de Xoqol —gritaba el aesir—. Probad la espada de un aesir, catad el filo de un hombre que puede defenderse, en lugar de enfrentaros contra mujeres y hombres indefensos.

Tiró de las bridas, a tiempo de esquivar un mandoble poderoso de otro legionario. Y su propia espada, describiendo un arco inverosímil, segó las dos manos del guerrero, que aulló enloquecido por el dolor.

Unos instantes más tarde su cabeza volaba por los aires, con el rostro desencajado, y quedaba sepultada en un charco, como macabro recuerdo para algún caminante de tiempos venideros.

Katham se tiró al suelo. Su caballo quedó atravesado por una lanza arrojada desde alguna distancia, y relinchó, moribundo.

Los dos jinetes que quedaban trataron de acabar con él. Pero, como todos los que osaron cruzar las armas con la suya, sólo pudieron morir sin ninguna posibilidad frente al gigante bárbaro.

Cuando acabó la batalla, sólo Katham continuaba con vida, al lado de los cadáveres ensangrentados de sus adversarios de la Legión Roja, con su atavío lleno del rojo fluido de la vida.

Arrancó su espada de la garganta del último al que matara, con un solo tirón y sin limpiar el acero, lo envainó, cogiendo después una de las monturas vivas, para volver al castillo.

Sabia qué excusa poner: una emboscada. Diría que unos rebeldes les esperaban y acabaron con ellos sin piedad, quedando él sólo con vida. De esta manera, tendría que informar al propio Kishe-Or. Y asa sería la ocasión más propicia.

CAPÍTULO VI

LA atraparon.

No podía ser de otra manera, y ella lo sabía. El castillo era inexpugnable. Nadie podía entrar sin permiso. Pero tampoco nadie podía salir.

No tardaron los legionarios en encontrar el cadáver de su compañero y emprender la búsqueda del asesino. De la asesina, mejor dicho, pues sólo podía ser ella la culpable.

No tardaron mucho en dar con ella, pese a la magnitud de la fortaleza. Se notaba su experiencia en la captura de traidores.

Y cuando la hallaron, cansada, asustada como estaba, no pudo ofrecer mucha resistencia. Gritó con todas sus fuerzas el nombre de Katham, pero nadie acudió en su auxilio. Y el aesir todavía estaba demasiado lejos para oírla.

No la mataron allí mismo. En lugar de eso, la llevaron hasta Kishe-Or, el señor de Suaria y la Legión Roja.

* * *

—Ha confesado, mi señor —informó uno de los guerreros, de aspecto terrible a la luz de las antorchas. Fuera, aullaba el viento con furia casi demoníaca—. Todo cuanto temíais era cierto.

Kishe-Or miró a Daria con desprecio. La joven había sido golpeada para que hablase y no resistió. Su rostro había perdido toda la belleza, lleno ahora de morados y sangre. Sus ropas también habían sido desgarradas, y ocultaba sus pechos y cintura como podía.

Cuatro guerreros de la Legión la vigilaban, dispuestos a matarla si hacía algún movimiento sospechoso. Pero no parecía dispuesta a intentar nada, por su aspecto, ya que se puso de rodillas allí mismo

y rompió a llorar, sin valor para seguir aguantando.

—Ha matado a un legionario —siguió hablando el guerrero, mientras tendía la daga de Daria a su amo—. Esta es el arma. Y admite que es una traidora. Igual que su compañero, cuyo verdadero nombre es Katham, según esta mujer. Su propósito es quitaros la vida, mi señor, cuando regrese al castillo.

—Preparadle una sorpresa cuando llegue —ordenó—, Quiero su cabeza colgando al lado de Edaff, y su cuerpo servirá para alimentar a mis perros de caza. Pero no entiendo por qué hace todo esto. Ese hombre no es xoqol, por su acento.

—Es un aesir, mi señor —aclaró el legionario—. Uno de esos bárbaros de las montañas de Kaal, de los que se cuentan hazañas increíbles, y atrocidades innombrables. Según la voz popular, son demonios hechos carne y sus espadas se alimentan de almas.

El señor de la Legión Roja volvió a mirar a la joven Daria.

—Interesante —opinó—. ¿Son ciertas todas esas habladurías del populacho medroso? Responde, prostituta suariana.

Daria vio en aquello una posibilidad de salvar la vida, así que, haciendo gala de un valor que no sentía en absoluto, respondió:

—Sí, mi señor. Katham ha matado a cientos de hombres con la única ayuda de su afilada espada. Ha acabado con las vidas de reyes que se creían invencibles por sus ejércitos, como vos, como Konthor el emperador, que cayó bajo su espada sin que sus hombres pudieran hacer nada, salvo morir. El derrotó al Conde Negro sin dificultades. Y ha destruido a seres que vos no podéis ni imaginar. Criaturas salidos de los abismos, enviadas por los dioses de las Tinieblas para acabar con el protegido, que no lograron su objetivo. Igual que no lo lograrán vuestros hombres. Nada podrá salvaros de la muerte, si Katham ha jurado acabar con vos.

Fanfarroneaba, naturalmente, pues había exagerado muchas de las cosas que el bárbaro le contó. Pero incluso ella se lo creyó mientras hablaba, y creó desconcierto entre la guardia de Kishe-Or. Sus palabras parecían increíbles, pero incluso los hombres de la Legión Roja sabían del asesino de Konthor, aquel hombre que acabó con toda su guardia y escapó de las garras del Conde Negro.

—Tu voz suena llena de orgullo por ese hombre —sonrió ásperamente el amo de Suaria—. Y son muchas las maravillas que cuentas de él. Pero me temo que todo son bravatas sin ningún

fundamento de realidad. Ni siquiera él puede entrar en este castillo, ni sobrevivir ante todo un ejército.

—Yo no estaría tan segura —rió entre dientes la mujer, ganándose una bofetada terrible que llenó aún más su boca de sangre.

Kishe-Or miró la daga. Un brillo nuevo apareció en sus pupilas. Una sonrisa diabólica curvó los labios bajo el bigote rojizo.

—Por fin —jadeos. Lo encontré... Ahora sí podré convertirme en emperador, no sólo de Xoqol, sino también de todas las tierras conocidas y por conocer. Tengo el poder en mis manos...

Daria contempló al jefe de la Legión, mientras escupía sangre. Tenía la daga en sus manos. La miraba con fijeza. Y... temblaba de gozo.

—Mujer, ¿sabes qué es esto? ¿Sabes lo que has tenido entre tus manos durante todo este tiempo?

La joven ladrona no respondió. En lugar de eso, dejó que siguiera hablando el enloquecido Kishe-Or.

—El poder... Un poder más allá de lo imaginable, capaz de convertir a un simple mortal en el amo del mundo entero. Hasta ahora, sólo sabía de él por documentos antiquísimos hallados en las antiguas ruinas sobre las que se levantó después esta fortaleza. En ellos... en ellos ponía que una daga sería la llave para llegar hasta el tesoro más grande que humano alguno pudiera imaginar. Y la tengo aquí, en mis manos.

El destello de locura cada vez era mayor. Su voz temblaba.

—Aquí, en esta daga hay algo escrito —se acercó hasta ella—. ¿Lo entiendes?

Daria miró la daga, pero no la tocó. Efectivamente, en la hoja, muy cerca de la empuñadura, había algo escrito en un idioma antiquísimo, casi olvidado.

—Sí, me lo dijo mi padre en cierta ocasión — contaste ella—. Significa «Muerte».

—Muerte... —repitió el futuro soberano de Xoqol—. ¡Muerte! Sí, claro, ése es el camino: la muerte.

Sus ojos enrojecidos se clavaron en uno de los relieves que adornaban aquella sala, esculpido en la piedra de una pared. Un relieve en forma de sonriente calavera, con colmillos de piedra, agudos y punzantes, sobresaliendo más que los otros.

Aferró entre sus dedos la daga y se aceró hasta aquella pared. Daria, sin comprender, igual que los vasallos de Kishe-Or, siguió sus movimientos aparentemente irracionales con suma atención.

Poco después, Kishe-Or, en su insana demencia, clavó la afilada daga en la piedra, justo en la boca abierta de la calavera, ante la estupefacción de todos los presentes. Y como si aquélla fuera la señal, se desata ron fuerzas inimaginables para las primarias mentes de aquellos hombres.

Los ojos de la calavera, el vado sin fondo de aquellas cuencas terribles... se llenó de luz, de una luz fantasmagórica e increíble. Y con un gruñido espantado que parecía venir de aquellas fauces abiertas y que erizó los cabellos de los guerreros y la rubia mujer, una sección de la pared se abrió, como empujada por manos ciclópeas e invisibles.

Los guerreros retrocedieron, asustados. Kishe-Or soltó una carcajada agria, nerviosa.

—Venid, bravos guerreros de la Legión Roja —ordenó a su escolta personal—. Nos esperan maravillas sin límites tras esas tinieblas, que pueden hacer de vuestro señor el hombre más poderoso del universo entero. Quizá incluso más que el propio Ishtar. Y ven tú también, mujer, para contemplar mi destino... y el tuyo, pues no volverás con vida.

Dos legionarios la agarraron, arrastrándola hacia la oscuridad del túnel que apareció tras aquella pared, y se internaron en busca de lo desconocido, de los horrores más grandes que jamás vieron ojos humanos.

* * *

El caballo se encabritó y manoteó el aire, aterrorizado, con las crines erizadas por el miedo. Katham estuvo a punto de caer, pero pudo agarrarse bien y aguantar en el lomo del animal.

Retrocedió. Pero no por ello se tranquilizó su montura, que hacía denodados esfuerzos por salir de aquel lugar, sin que el aesir comprendiese el motivo.

Y entonces vio una figura salir de donde sólo un momento antes había oscuridad. La impresión para su cerebro bárbaro fue tan grande que fue arrojado como un pelele por el corcel, quedando tirado sobre el barro, mientras el caballo huía a toda velocidad.

Katham se levantó como una centella, cubiertas sus oscuras

vestimentas por el barro. En su mano apareció una brillante espada, cubierta aún con sangre.

—¿Quién va? —preguntó, amenazador, apuntando al recién aparecido con la afilada punta de su arma—. Si apreciáis vuestra vida, responded, maldito seáis vos y vuestros antepasados.

Una voz ronca, conocida, llegó hasta él.

—Guarda la espada para mejor momento, guerrero —dijo la figura—. Ahora no te es necesaria.

El bárbaro reconoció al aparecido, a aquel fantasmagórico personaje ataviado con una raída estameña, de rostro y manos invisibles, que se acercó hasta él. Era el mismo que ya le aconsejara en cierta ocasión, no mucho tiempo atrás, en Suaria.

—¿Vos de nuevo? —se sorprendió Katham, sin abandonar la vigilancia—. Parecéis un fantasma, apareciendo donde menos lo espero. Hasta mi caballo opina lo mismo.

—Y quizá ambos tengáis razón —rió el misterioso individuo—. Quizá sea un fantasma, aesir. ¿No me temes?

—Juro por Ishtar que estoy temblando —respondió el bárbaro, mirándole con recelo—. Y por si las moscas, no dejaré que os acerquéis demasiado.

—Haces bien, Katham —asintió la cabeza encapuchada del hombre—. Pero no debes temer nada de mí. No deseo tu muerte, al contrario, por voluntad exprofesa de los ka, debes vivir.

Katham tragó saliva.

—Cada vez estoy más seguro de que no eres humano —bajó la espada un poco—. ¿No serás un dios? ¿O un ser de las Tinieblas?

—Es posible — una nueva risa salió de la oscuridad que envolvía sus facciones—. Puedo ser algo de eso. O quizá de todo un poco.

Katham volvió a elevar la tizona.

—Me dijiste una Vez que no soltase nunca mi espada —recordó —. Y eso voy a hacer, hombre, demonio o lo que seas. Tengo algo que hacer, así que apártate de mi camino o juro por los dioses que antes nombraste que mi acero te atravesará, seas carne o ilusión infernal.

—¿Quieres regresar al castillo? No te recomiendo que hagas tal cosa. La Legión Roja sabe ya toda la verdad, y te esperan para acabar con tu vida. No puedes regresar allí. Al menos por este camino.

Katham enarcó una ceja, repentinamente preocupado por otro motivo muy diferente.

—¿Kishe-Or… lo sabe? Entonces… ¿Daria?

—Está en peligro de muerte, bárbaro —respondió la misteriosa figura—. O quizá de algo peor. Kishe-Or, ahora mismo, puede haber encontrado un poder capaz de destruir hasta a los dioses. Un poder que, de hecho, fue creado para destruir a uno, pero que sólo debe ser usado por un brazo noble, y no por el señor de la Legión Roja.

—No te entiendo, amigo —se desesperó al aesir—. Sólo dime, tú que pareces saber tantas cosas, ¿cómo puedo llegar hasta Daria, si continúa con vida? ¿Cómo?

El desconocido sin nombre levantó la cabeza. Pero su rostro siguió siendo invisible.

—Sólo… cierra los ojos, Katham —respondió—. Cree en mis palabras e infunde ánimo a tu bravo corazón. Aprieta fuerte tu espada y recuerda que ella, o una como ella, será vuestra salvadora.

Katham no dudó. Algo le decía que debía confiar en aquel ser venido de sólo los dioses sabían qué remotos y oscuros lugares. Así que cerró los ojos. Sólo unos instantes. Los suficientes.

Y cuando los abrió sólo pudo rezar con más fervor que nunca a Ishtar.

* * *

Estaba oscuro. Muy oscuro.

Pero dos de los legionarios de su escolta llevaban teas encendidas, que permitían la visión hasta cierta distancia.

El calor era insoportable. Y un hedor a muerte y corrupción llenaba sus olfatos. Daria tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no vomitar.

Había niebla. Una niebla pegajosa, que se enredaba a sus piernas como algo vivo, como sierpes inmateriales pegándose a su carne.

Los legionarios apretaban con fuerza las hachas y miraban en derredor, como temiendo que algún monstruo saliera de la niebla para caer sobre ellos y devorarlos.

Daria estuvo a punto de chillar, presa del pánico, cuando notó un golpe en su pierna y oyó rodar algo por el suelo. Quedó parada, aterrorizada, mientras uno de los legionarios tanteaba el suelo para después enseñarle la causa de su miedo: un cráneo sonriente y terrible, con algo de carne putrefacta todavía colgando de él.

De pronto se pararon. Una pared de niebla les cortaba el paso. Y, tras ella, sólo los KA podían saber lo que allí se ocultaba, pues era tan densa que incluso parecía tangible.

—No sigamos —ordenó Kishe-Or, a la cabeza de la comitiva—. Ni siquiera os acerquéis a esa niebla, mis fieles. El destino que se esconde detrás puede ser incluso más horrible que la misma muerte. Dicen que tras ella está, presa de poderes más allá de lo imaginable, un dios que ya era viejo antes de nacer el propio Ishtar y cuyo nombre nadie recuerda. »Aquí debe estar..: lo que he venido a buscar. No puede hallarse lejos.

Un destello metálico apareció cerca de donde ellos estaban. Kishe-Or, con un grito ronco, sin tomar ninguna precaución, corrió hasta allí.

Era... una espada.

La tizona más increíble que viera en toda su vida, con empuñadura en forma de cruz, con rumas grabadas en ella y hoja de doble filo, de casi un metro de larga —sin el pomo—. Una serie de signos cabalísticos y mágicos aparecían grabados a te largo de todo el brillante acero.

Estaba en el suelo, junto al cadáver de un hombre ya esqueleto, a punto de convertirse en polvo pero con una destrozada estameña todavía cubriendo sus huecos descarnados. Era evidente que aquel infortunado alguna vez empuñó aquella brillante espada entre sus dedos ya inertes.

Sus dedos enguantados en roja tela se cerraron en torno al pomo magnífico de la espada gigantesca, mientras una sonrisa diabólica curvaba sus resecos labios.

—Al fin es mía —jadeó, tembloroso—. Ahora puedo retar hasta a los dioses, y ellos deberán doblegarse a mi voluntad. Mío será el mundo. Los hombres se convertirán en mis esclavos. Seré emperador...

—En los abismos —le interrumpió una voz poderosa.

Kishe-Or miró hacia adelante, con el gran espadón en las dos manos. La luz de las antorchas era ínfima, pero le permitió ver los contornos hercúleos de un hombre en la oscuridad, vestido con ropas de la Legión. La espada, su coraza y el casco reflejaban la luz sin dificultad, pero no veía su rostro.

—Juré matarte, cerdo de Kush —dijo la figura, mientras se

quitaba el casco metálico y los negros cabellos quedaban sueltos—. Cumpliré mi palabra, aunque deba morir en el empeño. Una mujer pide venganza desde la tumba. Y la tendrá. Katham lo jura.

—¡Katham! —gritó Daria, al reconocerle, intentando zafarse de sus apresadores—. Sabía que vendrías. Lo sabía...

Dos de los legionarios de su escolta se pusieron ante Kishe-Or, para defenderle del ataque del bárbaro. Las hachas le esperaban, amenazadoras.

—He oído muchas maravillas sobre ti, bárbaro —rió el loco señor de la Legión—. Y veo que en verdad eres un hombre extraordinario si has llegado hasta aquí. Pero este lugar se convertirá en tu tumba, igual que le pasó al desdichado cuyos huesos puedes ver.

El bárbaro tuvo un escalofrío. Ya había visto aquel cadáver, y no contribuía a tranquilizarle la idea de ser ayudado por un difunto.

Los guerreros se lanzaron hacia él, con las hachas en ristre. Pero nada consiguieron.

El primero que llegó hasta él murió con el cuello atravesado. Y con un movimiento vertiginoso logró sacar la espada de su garganta para poder parar el ataque del otro. Chocaron ambas armas, despidiendo chispas por el golpe.

Su siniestra aferró con energía el mango de aquella hacha, inmovilizándola mientras su acero describía un arco que acabó con la vida del guerrero, con la sien destrozada por un espadazo terrible.

Después, con ambos cadáveres a sus pies, miró a Kishe-Or. A pesar de todo; éste continuaba sonriente.

—Tus hombres nada podrán contra mí, asesino-silabeó—. Si quieres matarme deberás venir tú a por mí. Y mi espada te espera.

—Estúpido-rió de nuevo el señor de la Legión Negra—. Nada podrás tú contra mí. Esta espada fue forjada por un brujo antes de que el mundo fuera mundo y enfriada con sangre a la luz de la Luna llena. Ha sido bendecida en nombre de dioses muertos, que ya nadie recuerda. ¿Crees que tu mísero acero podría contra ella?

Katham miró fijamente, con los ojos entornados, aquella arma formidable.

—Al menos lo intentaré —respondió—. Después de todo, fui elegido por los dioses. Mi destino no es morir en esta gruta infecta.

Puedo intentarlo y estaré seguro de que los KA dan fuerza a mi brazo.

Kishe-Or comenzó a avanzar lentamente hacia él, con la espada en las manos. Sus ojos brillaban casi tanto como las antorchas.

—Si así lo quieres —dijo, mientras el aesir se preparaba para recibirle, con los dientes apretados por la furia pero con miedo en su corazón hacia aquella espada—, muere por esos dioses a los que tanto pareces querer.

La hoja avanzó hacia él, buscando su cráneo para cortarle de arriba a abajo. Katham interpuso la suya para pararla, mientras desplazaba su cuerpo hacia un lado para contraatacar.

Eso le salvó. Horrorizado, vio cómo su espada se partía como si en lugar de acero estuviese hecha de madera. El fragmento partido cayó al suelo, con tintineo metálico.

Se erizó el vello de su nuca, mientras retrocedía. Las carcajadas de Kishe-Or hirieron sus oídos.

—¡Muere, perro aesir! —reía, ante el miedo de Katham—. ¡Muere!

Ya el indestructible acero caía hacia él, como un relámpago mortal. Y el bárbaro nada podía hacer para impedirlo, con su espada destrozada, inútil en sus manos.

Nada podía salvarle ya. Su destino era inminente.

Y Katham se preguntó, mientras la brillante hoja de la espada mágica descendía hacia su cabeza, si todo habría sido mentira, si de verdad los dioses le habían predestinado a ser emperador.

* * *

Y entonces, un milagro.

Un suceso escalofriante, que salvó su vida a cambio de otra. Y Katham ni siquiera podía imaginar quién impidió su muerte sin voluntad consciente de ello.

Primero fue un alarido escalofriante, proferido por una garganta aterrorizada, con la muerte muy cercana. Un alarido que, por breves instantes, distrajo la atención de Kishe-Or.

Y Katham actuó entonces. Rodó sobre sí mismo, dando la espalda al guerrero de indumentaria escarlata y acercándose más a su cuerpo. Su brazo izquierdo paró la muñeca armada.

Todo ello realizado con rapidez, en escasas décimas de segundo, con una sencillez pasmosa. Y los papeles cambiaron.

La quebrada espada del aesir se hundió hasta la empuñadura en el estómago de Kishe-Or, que soltó su gigantesca arma, sin creer todavía en el giro que habían dado los acontecimientos.

—No... no puede ser... —cayó de rodillas, aferrando el mango de la espada que atravesaba sus entrañas con ambas manos—. Soy... invencible.

Cayó, oculto por la niebla que llegaba hasta las rodilla. Y en ese momento Katham se encaró al horror.

¡Un tentáculo monstruoso había salido de la espesa niebla, cogiendo a uno de los legionarios que llevaban las antorchas y sujetaban a la aterrorizada Daria! Inexorable, la niebla engulló al pobre desgraciado... Y con él desaparecieron sus gritos.

El otro guerrero, sin poder resistir más, salió corriendo, soltando su antorcha y dejando libre a Daria. Durante unos instantes, Katham temió quedarse a oscuras, pero por fortuna las teas no se apagaron y seguían dando cierta claridad desde el suelo.

Daria corrió hacia él, al borde del paroxismo. No soportaba todo aquello, y más tentáculos salían de la niebla, tanteando en busca de nuevas presas para el inimaginable ser que se hallaba tras ella, oculto de la vista de los mortales.

«La espada os salvará...»

Esa frase invadió su mente de pronto. Se agachó para coger la mágica tizona, con cierta repulsión debido a su instinto.

—Sí, fue creada para matar a un dios —recordó, repentinamente excitado—. ¡Trágate esto, engendro de las Tinieblas!

Y con un esfuerzo titánico, poniendo todas sus fuerzas de coloso aesir en el empeño, arrojó la pesada espada contra el monstruo-dios, atravesando la niebla a gran velocidad.

Un berrido infrahumano hizo temblar todo a su alrededor. Daria se abrazó a él, llorando. Y él, sudoroso, rezó a Ishtar, cerrando los ojos al mismo tiempo.

* * *

Todo había desaparecido.

La gruta, el monstruo, la espada... Se habían esfumado como si nunca hubiesen existido.

Incluso el castillo, que ahora era visible en la distancia, destruido, convertido en ruinas muy parecidas a las que deja tras de sí un terremoto. Eran visibles algunas figuras en torno,

tambaleantes, saliendo de allí para huir.

Katham y Daria estaban bastante lejos, transportados por fuerzas que ellos ni siquiera querían imaginar. Sólo tenían la Noche ante ellos, con sus miles de estrellas titilando en el oscuro firmamento.

No tenían montura. Ni armas. Pero estaban vivos. Era cuanto necesitaban para continuar su camino.

Como siempre, en busca de un imperio, pues ése era el destino de Katham. Y el tiempo, junto a su brazo musculoso, lo harían realidad:

FIN